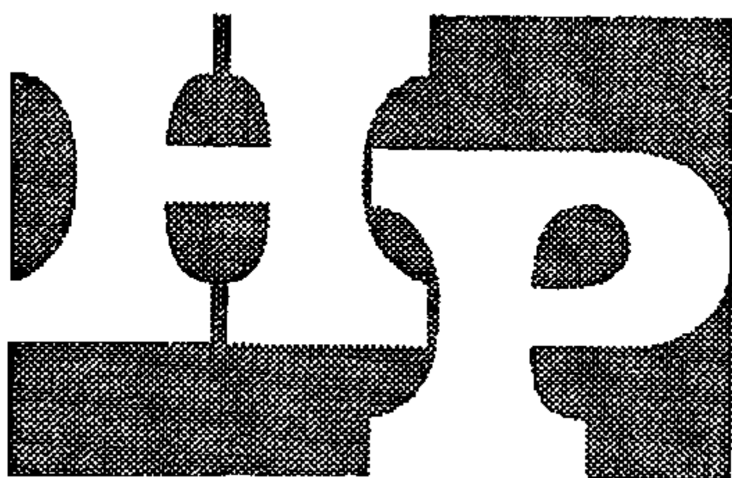
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL ESTAFADOR





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL ESTAFADOR

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 362
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 40168-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: diciembre, 1976

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Somos ricos, Bill!… ¡Somos ricos!

—¿Te tocó la lotería, Sam?

—Mejor que eso. Mírame bien.

—Ya te estoy mirando.

—Estoy podrido de dinero.

—No veo que te asome un solo dólar por el bolsillo.

—Va a ser cuestión de un par de días.

—¿Qué pasará dentro de un par de días?

—Que me pondré un brillante en cada ojo. Y ése será sólo el principio. También tendré una mujer colgada de cada brazo. Una rubia y una pelirroja. Y en lugar de este traje mugriento, tendré docenas de trajes cortados por el mejor sastre, y de auténtico paño inglés.

—Despierta, muchacho, despierta.

—Sí, Bill, tienes razón. Despertaré en un mar de petróleo.

—¿Qué has dicho?

—Dije mar, pero ahora rectifico. Será un océano de petróleo.

Sam Darwell, grandote, con gran musculatura, metió la mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó un papel que enarboló como una bandera.

—Aquí lo tienes, Bill.

Bill Curtis, esbelto, rostro de facciones simpáticas, frunció el ceño.

—¿Qué es eso, Sam?

—Ya te lo he dicho. ¡Mi fortuna! ¡Mi tesoro!

—Sí, me lo has dicho y me están temblando las carnes. ¿Cuánto te gastaste en eso?

—Seiscientos dólares.

—Todo lo que tenías, ¿eh?
—Pero ha sido la más grande inversión de mi vida… Por seiscientos dólares he comprado…
—Un océano de petróleo. Ya lo has dicho… Pero te apuesto una cosa, Sam. En ese terreno que has comprado no hay petróleo ni para encender un cigarrillo.
—Bill, ¿por qué dices eso?… Entiendo, estás celoso porque al fin el mejor negocio lo he hecho yo.
—¿Quién te pegó el timo?
—¿Qué dices, Bill?
—¡El timo!
—Tú no pensarás eso del coronel Edmund Morgan, un héroe de la Guerra Civil, un anciano de setenta años, bondadoso…
Bill se pasó la mano por la cara.
—Conque el coronel Morgan. Menudo sinvergüenza.
—Bill, no me gusta nada lo que dices. Te estás metiendo con el hombre más generoso que he encontrado en mi vida.
—El más granuja.
—Oh, no, Bill.
—¿Dónde está ese héroe de la Guerra Civil?
—La última vez que lo vi fue en el hotel Orquídea.
—Pues vamos corriendo al hotel Orquídea antes de que sea demasiado tarde.
Sam se echó a reír.
—Cuando hables con el coronel, saldrás de dudas y tendrás que pedirle perdón.
Los dos amigos se encontraban en el *saloon* Vanity y se dirigieron al hotel Orquídea.
En el registro había un hombre de cabello engomado.
—Oiga, queremos hablar con el coronel —dijo Sam.
—Lo siento, pero no pueden.
—Entiendo —sonrió todavía el grandote—, debe estar en su habitación, vendiendo tierras petrolíferas a la clientela.
—No, ya terminó con eso.
—¿Quiere decir que vendió hasta el último terreno?
—Exacto, y ya se fue.
—¿Del hotel?
—Del pueblo.

La sonrisa de Sam se convirtió en una mueca.

—Del pueblo —repitió mientras dejaba escapar el aire de sus pulmones.

Bill le dio una palmada en la espalda.

—Se acabó tu sueño, Sam.

—No digas eso.

—Despídete de los brillantes en los ojos, de los trajes por docenas cortados por el mejor sastre.

—Lo que más sentiría es tenerme que despedir de la pelirroja y de la rubia.

—Sí, Sam, me temo que sí.

—¿Tendré que echar mano a una vieja desdentada?

—Hombre, tampoco hace falta exagerar.

—Es que estoy en la ruina —de pronto el rostro de Sam se iluminó—. ¿Y si te equivocases?… ¿Y si ese terreno que he comprado fuese de verdad un océano de petróleo?

—Vamos, Sam, que ya no eres un niño. —Bill se dirigió al del registro—. Eh, amigo, ¿cuántos terrenos vendió el coronel?

—Docenas y todos los compradores se fueron la mar de contentos, como su amigo.

—Ya veo que en el mundo hay muchos inocentes. Y dígame, compañero, ¿tiene idea del lugar adonde se dirigía el coronel?

—No, señor. Sólo puedo decirle que antes de marchar, dio buenas propinas a todos los empleados.

—Claro, hizo el gran negocio. Demonios, ese tipo es más listo que el hambre.

Sam rezongó:

—¿Cómo se puede ser tan canalla con setenta años de edad?

—Los canallas no tienen edad, Sam. Y tampoco la tienen los bastardos. Hay quien está engañando hasta que se muere, y hasta conocí a tipos que engañaron desde la tumba para no perder la costumbre.

—Menos mal que tenemos tu dinero.

—¿Mi qué?

—Tus seiscientos. Tu parte en el negocio que hicimos vendiendo ganado.

—Tengo que darte una mala noticia.

—No me digas que te cogió otro tipo como el coronel.

—No, Sam. Si un fulano parecido al coronel hubiese tratado de limpiarme, le habría roto la cara para empezar.

—¿Entonces?

—Fueron las chicas.

—¿Las chicas? ¿Me vas a decir que te gastaste los seiscientos dólares con las chicas?

—Sam, te voy a hacer una pregunta. ¿Desde cuándo no nos vemos?

—Desde hace una semana.

—Pues ahí lo tienes explicado. Durante una semana he conocido a muchas chicas que estaban en mala situación. Ayudé a unas y a otras. Ellas se portaron muy bien conmigo y yo tenía que corresponder. También jugué una partida de póquer y no tuve buena suerte, y comí como un rey. Naturalmente, nunca lo hice solo. Suma todo eso y te explicarás la desaparición de la manada de seiscientos pavos.

—¿Y hablabas de mí? ¡A ti te han timado las *girls*! ¿Qué diferencia hay entre nosotros?

—Mucha. A ti te timaron seiscientos dólares y no te divertiste.

Los dos amigos salieron del hotel.

Sam se detuvo en la calle golpeando el puño cerrado contra la palma de la otra mano.

—¡Le romperé la cabeza al coronel! ¡Se la haré estallar como un coco! ¡Lo juro!

—Olvídate del coronel.

—¡No puedo olvidarlo!… ¡Lo atraparé aunque tenga que morirme!

—Entonces lo atraparás en el infierno. Porque es allí donde él irá a parar.

Un hombre gordito llegó corriendo por la acera con un papel parecido al que tenía Sam.

—¡El coronel!… ¿Dónde está el coronel?

—No corra porque no lo alcanzará —le dijo Sam.

—¿Ya se fue?

—Desde la cabeza a los pies.

—¡Dios mío!… Me timó ochocientos dólares.

—Consuélate, Sam —sonrió Bill—. Al gordito le timó más.

—Mi nombre es Peter Dorris —dijo el aludido secándose la cara

con un pañuelo—. Y siempre me he dedicado a traficar con ganado. Imagínese, la primera vez que me meto en negocios de terreno, me la pegan.

—¿Cómo ha sabido que se la pegaron?

—Encontré a un tipo que conoce el lugar al que se refiere el plano. Dice que sólo compré un trozo de desierto con lagartos y serpientes de cascabel.

—Entonces tiene una solución.

—¿Ah, sí?

—Cace los lagartos y las serpientes de cascabel y venda las pieles.

El gordito dio una patada en el suelo.

—No me gustan los reptiles. Nunca me han gustado. Les tengo pánico… La única forma de arreglarlo es que yo encuentre a otro primo… Con permiso.

El gordito se marchó corriendo.

—Eh, Bill, ¿por qué no hacemos nosotros lo mismo? —sugirió Sam.

—Sería una indecencia.

—Tú eres muy listo. Seguro que encuentras a alguien para pegársela.

—No, Sam. Podría ser un honrado padre de familia.

Otro hombre, un larguirucho, llegó zumbando por la acera también con su papel en la mano.

—¡Al ladrón!… ¡Al ladrón! —gritaba.

—Frene, amigo —le dijo Bill—, el ladrón se hizo humo.

—¡Dios mío!… ¡Mis ahorros!… ¡Se me llevó mis ahorros!… ¡Y sólo me dio a cambio un trozo de infierno! ¿Se imaginan que en el día más fresco el termómetro marca sesenta grados a la sombra?… Dios mío, ¿qué va a ser de mí?

—Que se va a poner muy moreno.

El larguirucho se marchó gimiendo.

De pronto Bill y Sam oyeron una risa.

Era un viejo el que estaba de buen humor.

Sam levantó el puño hacia él.

—Ríase un segundo más y le quito los pocos dientes que le quedan en la boca, abuelete.

—Les vendo información.

—¿De qué clase? —preguntó Bill.

—¡Es otro timo! —exclamó Sam antes de que el viejo respondiese.

—Información acerca del coronel Morgan.

Sam empezó a abalanzarse sobre él.

—La va a soltar sin dinero.

—Eso no es justo.

—Sam, estate quieto —dijo Bill.

—¿Es que no lo has oído? Este hombre sabe dónde está el coronel.

—Pero es justo que cobre por su información. ¿Cuánto quiere, abuelete? Pero no pida más de medio dólar. Es lo único que me queda.

—Será medio dólar. Escupa el dinero y yo le escupiré la información.

Bill sacó una moneda de cincuenta centavos que pasó a poder del viejo. Este quiso asegurarse de que la moneda era buena y le pegó un mordisco. Satisfecho con el examen, dijo:

—El coronel se marchó a Daytona.

—¿Cómo lo sabe?

—Se lo dijo a su caballo.

—¿Qué fue lo que dijo exactamente a su caballo?

—Le dijo: «Muchacho, ahora vamos a Daytona a vender los mejores ranchos de la comarca del Pecos».

—Conque eso dijo, ¿eh?

—Sí, señor, y agregó otra cosa.

—Suéltelo.

—¿No tiene otro medio dólar?

—Hermano, el coronel nos dejó en pañales.

—Lo comprendo. Ese coronel es el mismo diablo. Está bien, el resto será gratuito. El coronel le dijo a su caballo: «Muchacho, otro golpe y nos hacemos ricos».

El grandote Sam hizo rechinar los dientes.

—¡No puedo resistirlo, Bill!

—Pues vamos a Daytona. Ya tengo ganas de conocer al coronel.

—Pero en cuanto lo encontremos, me lo vas a dejar a mí. ¡Sólo quiero tenerlo un minuto en mis manos!

CAPÍTULO II

Bill Curtis y Sam Darwell cabalgaban hacia Daytona.

Estaban pasando junto a un arroyo cuando oyeron a alguien cantar:

Era un hombre rubio, de unos veintiséis o veintisiete años. Estaba acampado y hacía café.

—Acérquense, viajeros, y tomarán una taza del mejor café que se pueda servir por estos andurriales.

—Gracias. Lo aceptaremos —le contestó Bill.

Se presentaron mutuamente. El rubio dijo llamarse Frank Roberts.

—¿Adónde vais, muchachos? —preguntó después de servir el café.

—A Daytona —le contestó Sam—. A ajustarle las cuentas al coronel Morgan.

El rubio dio un respingo.

—Demonios, yo también voy a Daytona a lo mismo.

—¿Quieres decir que el coronel Morgan te la jugó?

—Y de qué manera.

—¿Te vendió también terrenos petrolíferos?

—No, a mí me vendió un paquete de acciones del ferrocarril de Kansas City… Me hizo invertir en las acciones todos mis ahorros. Mil trescientos dólares. ¿Y sabéis cuánto valen las acciones? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Es papel mojado. ¡El ferrocarril de Kansas se arruinó hace cinco años!

—Menudo gusano es el coronel —exclamó Sam.

—En cuanto lo pille, lo voy a convertir en carne para albóndigas.

—No, Roberts. No harás tal cosa —repuso Sam.

—¿Es que lo vas a defender?

—No, es que cuando yo termine con el coronel, sólo podrás hacer con él una cosa. ¡Enterrarlo con una pala!

Roberts rió.

—Me eres simpático.

—Tú también me lo eres a mí. Quizá se deba a que somos dos víctimas del coronel.

Bill terminó de beber su café. Se acercó a Roberts y le soltó un tremendo derechazo en la cara.

El rubio se convirtió en una pelota que arrolló a su paso la cafetera.

Sam se levantó de un salto.

—¿Qué has hecho, Bill?

El rubio terminó de dar vueltas. Estaba un poco bizco pero logró enfocar la imagen. Luego se tocó la mandíbula para cerciorarse de que la tenía en su sitio.

—¡Tu amigo Bill se ha vuelto loco, Sam!

—Sí, eso creo yo. ¿Por qué le pegaste a Roberts, Bill?

—Ahora lo sabrás.

Bill caminó hacia el caballo de Roberts y sacó un estuche de la silla.

—¿Qué haces, muchacho? —gritó el rubio—. ¡Deja eso quieto!

—¿Por qué he de dejarlo quieto?

—Porque ahí guardo los recuerdos de familia, incluidos los de mi santa madre.

—Qué buen hijo.

Bill abrió el maletín y sacó una barba que se puso en el mentón.

—¿Qué te recuerda esto, Sam?

—A un viejo…

—Supongo que será un viejo muy particular. Haz un pequeño esfuerzo.

Sam agrandó los ojos.

—¡Dios mío!… ¡El coronel!

El rubio carraspeó.

—Escuchadme, amigos. Me tropecé con el coronel. Peleé con él y logré quitarle ese estuche. Pero luego se me escapó de las manos.

Bill sacó del estuche unas cejas blancas que se puso sobre las suyas.

—¡Ahora es cuando está claro! —exclamó Sam—. ¡Esas cejas pertenecen al coronel!

—De eso no hay ninguna duda, Sam. Pero te falta saber algo más —señaló a Roberts con el brazo extendido—. Es el coronel.

Sam miró al rubio con la boca abierta.

Roberts protestó con rabia.

—¿Qué estás diciendo, Bill? ¡Ésa es una calumnia que no te consiento! ¿Yo el coronel? ¡Qué calumnia más grande!

—Te voy a sacar el esqueleto por la boca, rubio —dijo Bill poniéndose en marcha.

—¡No me toque!… ¡No me toques!

—Lo haré con mucho cuidado para que no me infectes.

—¡No!… ¡No!

Bill le sacudió la izquierda en el hígado. Roberts se vino hacia delante y entonces Bill lo enderezó con un derechazo al maxilar.

El rubio voló por el aire y, al caer en la yerba, quedó sin conocimiento.

Sam recuperó el habla.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces?

—Te haré otra demostración.

Bill se inclinó sobre Roberts y le sacó del bolsillo una abultada cartera. Abrió ésta y exhibió un fajo de billetes de a palmo.

—Infiernos, ¿cuánto hay ahí, Bill?

—Todo lo que pudo cazar a los primos. Y eso te incluye a ti.

—Dame mis seiscientos dólares.

—Aquí los tienes.

Sam cogió los billetes y les dio un beso.

—Bien venidos al corral, hijitos.

Roberts recuperó el sentido.

—¡Ladrones!… ¡Socorro, ladrones!

—Una palabra más y te vas otra vez con los angelitos —gruñó Bill.

—¡Esto es una injusticia! ¡Esto es un asalto!… ¡Esto es un atropello!

—Sam —repuso Bill—, ¿qué ibas a hacer con el coronel cuando lo tuvieses a la vista?

—Gracias por recordármelo —contestó Sam y se escupió en las manos.

El rubio retrocedió.

—¡Sois dos contra uno!

—Uno contra uno —dijo Sam.

—Tú eres un mulo.

—Sí, y te voy a dejar las marcas de las herraduras en la cara.

—¡Deténlo, Bill!… ¡Deténlo!… ¡Soy huérfano desde pequeñito! ¡He tenido que hacer frente a muchas cosas, al hambre, a la sed…!

—Entonces te pilla entrenado. Enfréntate a Sam.

Sam le tiró la derecha.

Roberts voló otra vez, golpeó contra el tronco de un árbol y se desmadejó quedando sin sentido.

Sam se miró la mano con la que había pegado.

—Demonios, Bill. Este chico es demasiado flojo. No aguantó ni la primera coz.

—Era de esperar. Estos tramposos son todos iguales.

—¿Cómo supiste que Roberts era el coronel?

—Pura deducción. No le creí una palabra cuando dijo que el coronel lo había estafado con las acciones del ferrocarril.

—¿Y por qué no?

—Roberts me dio la impresión de ser un tipo que no se deja engañar por nadie. Entonces me dije que, si no se dejaba engañar, quizá era porque él engañaba.

Roberts volvió otra vez en sí.

—Está bien, muchachos —dijo—. Vosotros ganáis.

—Tú eres el que pierdes —le sonrió Bill.

—Hagamos partes iguales con las ganancias y aquí no ha pasado nada.

—Que te crees tú eso. Te vamos a llevar de vuelta a Santa Rosa.

—¿Por qué? ¡No se me ha perdido nada en Santa Rosa!

—No, tú no perdiste nada allí. Fueron otros los perdedores. Y por ello te entregaremos a las autoridades de Santa Rosa.

—¡Eso no es posible!

—Ya lo verás.

—¡No, Bill, tú no harás eso conmigo!

—Eres un estafador, y tienes que pagarlo.

Roberts se tocó la cara.

—Ya lo he pagado. Me habéis hinchado los dos carrillos.

—Ése fue solo nuestro agradecimiento. Pero todavía tienes que

recoger el de los otros tipos que engañaste.

—¡Por lo que más quieras, Bill! ¡No quiero ir a Santa Rosa!

—Irás.

—¡Me lincharán!

—Aunque lo mereces, lo impediremos. Sólo el *marshall* de Santa Rosa te pondrá las manos encima.

—Oídme, muchachos, tengo una explicación para hacer lo que hice.

—Oh, sí, claro. Tú eres un pobre huerfanito.

—Os mentí. No soy un huerfanito. Tengo padre.

—Pues menuda vergüenza para él tener un hijo como tú.

—Mi padre está preso en la Penitenciaría de Nevada.

—De tal palo tal astilla, ¿eh?

—Lo condenaron injustamente y por eso tengo que sacarlo de allí. Un guardián me pidió cinco mil dólares por dejarlo marchar y estoy reuniendo el dinero. ¿Lo comprendéis ahora? A mí me duele engañar a la gente. Sí, amigos, me duele mucho, pero no tengo más remedio que reunir ese dinero para que mi padre pueda salir de la mazmorra.

Sam escuchaba con la boca abierta.

—Eh, Bill, no parece tan malo el rubio. Después de todo, tiene buenos sentimientos.

—¿Te vas a dejar engañar otra vez, Sam?

—¿No crees que está diciendo la verdad?

—Este Roberts no conoce la verdad ni por el forro. Sólo sabe inventar fábulas.

El rubio protestó.

—Juro que ahora estoy diciendo la verdad y nada más que la verdad.

—No te creo.

—¿Por qué infiernos no me crees, Bill?

—Porque tú pretenderías engañar a tu mamaíta si con ello consiguieses medio dólar. Ya basta. Nos ponemos en camino.

—Tenga usted amigos para esto.

De pronto sonaron dos estampidos lejanos.

El primero en reaccionar fue Bill.

—A los caballos, muchachos. Nos acercaremos a ver lo que pasa.

—Yo os esperaré aquí —dijo Roberts.

—Tú no vas a esperar. También vienes con nosotros. Vamos, date prisa o recibes otro puñetazo.

Roberts obedeció.

Poco después se pusieron en marcha.

Los estampidos se habían oído en dirección de Daytona, de modo que siguieron cabalgando hacia delante.

Bill descubrió a un hombre tendido en el suelo. Su caballo estaba unos metros más allá.

Saltó de la silla y corrió al lado del caído. Tenía un enorme boquete en el pecho.

—¿Está muerto? —preguntó Roberts.

—Vive, pero creo que le queda poca cuerda.

Bill lo registró y le encontró una credencial de juez de circuito a nombre de Michel Larne.

El herido abrió los ojos.

—¿Es usted el juez Michel Larne? —preguntó Bill.

El juez movió la cabeza casi imperceptiblemente, pero fue una señal afirmativa.

—¿Quién ha disparado contra usted?

Larne movió los labios pero no logró emitir sonido alguno.

—Haga un esfuerzo, juez. Nosotros le ajustaremos las cuentas a quien lo hizo.

El juez quiso decir algo pero no pudo. Entonces levantó poco a poco una mano y se señaló el bolsillo superior de la chaqueta.

Bill sacó de allí un papel que desdobló. En él pudo leer:

«Casos a fallar:
En Lane City — Hugo Toland.
En Columbus — Paul Connery.
En Victoria — Phil Anderson.
En Oldenburg — Terry Radford».

—Señor Larne, ¿cuál de ellos fue?

El juez apuntó con el dedo el papel y Bill le acercó éste para que pudiese señalar un nombre. Pero eso no llegó a ocurrir nunca porque el juez dobló la cabeza y expiró.

CAPÍTULO III

Bill preguntó a Roberts:

—¿Conocías al juez Larne?

—No, es la primera vez que lo veo.

—¿Estás seguro?

—Claro que estoy seguro. También es la primera vez que vengo por aquí. Pero ya sé que eso no sirve de nada porque no me crees una sola palabra.

—Esta vez te creeré.

—¿Y por qué razón?

—Porque tengo en cuenta el negocio al que te dedicas. No podrás visitar dos veces el mismo lugar.

—Han asesinado a un juez, muchachos, y lo mejor será que nos marchemos cuanto antes. Sé mucho de esto. A veces se mete uno en un lío sin quererlo.

Sam intervino:

—Roberts tiene razón, Bill. Volemos cuanto antes de aquí.

—No nos vamos a marchar.

—¿Qué? —dijeron a una Roberts y Sam.

—Estoy pensando.

—¿En qué?

—En la persona o personas que hayan matado al juez.

—¿Y qué te importa a ti? —preguntó Roberts.

—El juez señaló al asesino. Está incluido en esta lista.

—La lista es muy larga. Además, pudo matarlo alguien que fuese amigo de uno de los tipos que figuran ahí.

—Lo averiguaremos.

Sam arrugó el ceño.

—Eh, Bill, ¿en qué nuevo jaleo quieres que nos metamos?

—Esta vez la solución será fácil porque Frank Roberts nos echará una mano.

—¿Yo? Ni hablar.

—Fíjate bien en el juez, Frank.

—Ya he mirado bastante ese cadáver.

—Pues tómale las medidas.

—Entiendo, quieres que le haga el ataúd.

—No, quiero que le tomes las medidas porque tú vas a ocupar su lugar.

—No te entiendo una palabra.

—A partir de ahora, tú serás el juez Larne.

—¿Yo? ¿Te has vuelto loco?

—Estoy la mar de sano.

—¡Entonces olvídate de mí!

—Tú eres un as para los disfraces, Frank. Hasta ahora utilizaste esa habilidad para engañar al prójimo. Pero a todos nos llega el momento de la redención. Hasta a los más sinvergüenzas. Ésta es tu oportunidad.

—Yo paso.

—Está bien. Iremos a Santa Rosa y te entregaremos al *marshall.*

—¡No, Bill!

Curtis se miró las uñas de la mano derecha.

—Puede que en Santa Rosa tengas mala suerte, y los tipos que engañaste se decidan a sacarte de la cárcel para ofrecerte una corbata de cáñamo.

Roberts se tocó el cuello mientras gritaba:

—¡No me gustan esa clase de corbatas!… ¡No quiero ir a Santa Rosa! ¡Seré el juez Larne!

—Eso creía —le sonrió Bill.

—¿Sabes cómo se llama esto?

—Claro que lo sé. Se llama chantaje.

—Pues eso es lo que tú eres. ¡Un chantajista!

Frank Roberts ya había terminado su disfraz.

Sam encanutó los labios y pegó un silbido.

—Demonios, pareces el mismísimo Larne.

—Tienes razón —asintió Bill—. Nuestro amigo Frank Roberts es un verdadero genio para hacerse pasar por otras personas.

—Estaba pensando en una cosa —dijo Sam—. Es tan parecido al

juez que le podrían matar otra vez.

Roberts dio un salto hacia su caballo.

—¡Hasta la vista, amigos! ¡Ya nos veremos en San Francisco!

Bill lo cogió por el cuello.

—No, tú no te vas todavía a San Francisco. Tienes cuatro casos para fallar. En Lane City, Columbus, Victoria y Oldenburg.

—¡Pero ya has oído a Sam! ¡Me matarán!

—Yo lo impediré.

—¿Y cómo lo vas a impedir si me disparan desde una ventana o desde cualquier otro escondite?

—Tenemos una ventaja, Frank.

—Claro, yo sé cuál es. Que es mi pellejo el que está en juego mientras tú estarás de rositas, a la espera de que me hagan un agujero. ¡Porque sólo entonces sabrás quién es el asesino del verdadero juez Larne!

—No, hombre. Ésa no es la ventaja… El asesino disparó contra el juez y lo dio por muerto y ahora aparecerás vivo y coleando. Lo lógico es que el criminal se ponga muy nervioso al ver a su víctima resucitada. ¿Te das cuenta? Yo tendré los ojos muy abiertos para atrapar a nuestro hombre.

—¡No me gusta!… ¡No me gusta nada! —protestó Roberts.

—No perdamos más tiempo. Hay que enterrar al juez. Luego nos pondremos en camino hacia Lane City.

Estaban entrando por la calle principal de Lane City cuando sonó un estampido.

Roberts se arrugó en la silla.

—¡Ya me han dado!… ¡Ya me han dado!

Bill sonrió.

—Mira a tu derecha, juez.

Roberts miró hacia aquel lado y vio que un chiquillo estaba tirando cohetes.

—Voy a enfermar del corazón, Bill. ¿Por qué no dejas que me marche?

—Porque ya empezamos este asunto y lo debemos terminar.

—Pero no puedo con las armas de fuego… Me ponen nervioso. Por eso no las uso.

—El juez Larne tampoco las usaba.

Descabalgaron ante la comisaría.

—Sam, llévate los caballos al establo.

—¿Y luego?

—Nos esperas en el *saloon.*

—De acuerdo.

Bill y Frank subieron al porche de la comisaría.

—Un momento, Bill.

—¿Qué pasa ahora?

—Todavía estamos a tiempo de abandonar.

—Quítate eso de la cabeza —contestó Bill y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

Bill tuvo que empujar a Frank.

Un hombre que estaba detrás de la mesa y que exhibía una estrella se levantó sonriente.

—Bien venido, juez Larne.

—Gracias.

—¿Tuvo buen viaje?

—Me pegaron un pildorazo.

Bill le rozó el tobillo.

—¿Un pildorazo dice? —Gruñó el *marshall* desconcertado.

—Una avispa me clavó el aguijón en el cuello.

—Usted siempre tan bromista —el *marshall* reparó en Bill—. No conozco a su amigo, juez.

—Es Bill Curtis, un amigo de la infancia. Lo encontré sin trabajo y le ofrecí el cargo de ayudante mío.

—Celebro conocerle, señor Curtis. Soy el *marshall* Gordon Lawson.

Los dos hombres cambiaron un apretón y Roberts dio un suspiro de alivio porque así se había enterado de cómo se llamaba el *marshall.*

Bill miró a la celda donde había un hombre tendido en un camastro.

Roberts se acercó a la reja.

—Conque aquí tenemos al detenido que debo juzgar.

—Sí, juez. Es Hugo Toland.

El llamado Toland se levantó del camastro.

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

Roberts, en su papel de juez, repuso:

—Todos decís lo mismo.

—Juez, le juro que es mentira lo que dicen de mí.

—¿Y qué dicen?

—Que intenté robar el Banco. Pero no es verdad.

El *marshall* soltó una risita.

—Toland es un embustero. Lo pillé con las manos en la masa. Ocurrió la semana pasada. Era de noche, las nueve, cuando descubrí una luz en el Banco que ya llevaba cerrado desde hacía unas horas. Fui allí a ver lo que pasaba y me encontré con que la puerta estaba abierta. De modo que entré. Pat, el vigilante, estaba tendido en el suelo sin sentido. Junto a la caja, estaba Toland, metiendo fajos de billetes en un saco. Lo detuve al instante.

Roberts, tras escuchar aquellas palabras, miró otra vez a Toland, el cual empezó a golpearse el pecho.

—¡Señor juez, siempre he sido un hombre honrado y me moriré honrado! Tengo una explicación para lo sucedido.

—Debe ser interesante.

—Soy sonámbulo.

—No me diga.

—Sí, juez. Me levanto por las noches y ya no sé lo que hago. Usted sabe lo que es el sonambulismo. Uno camina dormido y hace cosas raras.

—Y a ti se te ocurrió ir al Banco.

—A mí, no. ¿No comprende que cuando uno está sonámbulo no puede responder de sus actos?

—Lo tendré en cuenta.

—Gracias, juez.

El *marshall* Lawson intervino:

—Imagino que quiere celebrar el juicio dentro de una hora, como siempre.

—Sí, *marshall*.

—Lo tendré todo preparado.

Bill y Frank salieron de la comisaría.

—Caramba, resultó fácil —dijo Roberts.

—El mérito es tuyo porque tu disfraz es imponente.

—¿Qué opinas de Toland?

—Que es un desgraciado.

—Yo diría que es un manazas.

—Los dos tenemos razón. Pero manazas o desgraciado, no da el

peso para ser el asesino del juez Larne.

—Lo mismo digo yo.

—Pero tendrás que juzgarlo.

—¿Y qué condena le impongo?

—Por fortuna, tenemos el libro que el juez llevaba en la silla del caballo. Están todas las leyes. Me entretuve leyéndolo durante el viaje y ahora sirve de algo. Lo de Toland fue una tentativa de robo que tendrás que condenar de un año a dos.

—Trato hecho.

En una ventana del hotel de enfrente un hombre dio un respingo.

—¡No puedo creerlo, Ben!

El otro hombre que había en la habitación y que hacía un solitario en una mesa, preguntó:

—¿A qué te refieres, Chester?

—El juez está ahí.

—Entiendo. Trajeron su cadáver.

—¿Qué cadáver ni qué niño muerto? ¡Está vivo!

—Ves visiones.

—Te juro que no. Es el juez. Puedes cerciorarte tú mismo.

Ben Morris se levantó de la mesa y fue al lado de su amigo Chester Fuller. También él miró por la ventana. Sus ojos se agrandaron al ver al otro lado de la calle, por la acera, al juez Larne.

—¡Maldita sea!…

Pegó un bofetón a Chester apartándolo de la ventana.

—¿Por qué me pegas, Ben?

—Porque eres un gusano. Me dijiste que lo habías matado.

—Le disparé con el rifle.

—Pero no lo alcanzaste.

—Vi cómo caía.

—Claro, lo tiraste de la silla del susto.

—Yo diría que le di en el pecho.

—Anda, dime que el juez hizo un pacto con el diablo.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tienes?

—El juez usa un chaleco protector contra las balas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Me lo imagino.

—Eres un imbécil, Chester. Tú te fuiste por un lado y yo por otro para cerrar el camino al juez. Yo estaba demasiado lejos cuando disparaste contra él. Pero oí dos estampidos.

—Fallé un plomo pero lo alcancé con el otro.

—Fallaste los dos.

—Yo te juro…

—Déjate de jurar. La realidad es que el juez está ahí fuera, tan vivo como tú y como yo. De nada sirven ahora las lamentaciones.

—Tienes razón, Ben.

—Ahora tenemos que volver a empezar. Perdimos la gran oportunidad de cazar al juez Larne cuando estaba a solas.

—Pero todavía está en Lane City. No consentiremos que llegue a donde está nuestro patrón.

—Qué gran tipo eres tú sacando conclusiones.

Ben se acercó a la mesa y recogió los naipes.

—Se acabó el juego. Vamos a trabajar.

—Sí, Ben.

—Pero esta vez no habrá ningún fallo.

—Seguro que no.

—Yo seré quien se ocupe de todo. Tú solo tienes que protegerme. Y por si tienes razón y el juez lleva chaleco contra balas, esta vez le meteremos el plomo en la cabeza.

CAPÍTULO IV

Ya se había celebrado el juicio contra Hugo Toland.

Frank Roberts estaba satisfecho de su actuación.

—Esto empieza a gustarme —dijo Frank en la habitación del hotel Rosa, donde se habían hospedado para pasar la noche.

Sam no se encontraba allí. Había ligado con una *girl* en el *saloon.*

Bill estaba apoyado en la pared, pensativo. En un momento determinado dijo:

—Voy en busca de Sam.

—Yo también iré.

—No, no hace falta. Tú te quedas.

—Quiero que me de el aire.

—Te pueden dar un plomo, Roberts. Recuerda que te pueden disparar desde cualquier parte.

—Sí, eso es cierto. Me quedo.

—Volveré enseguida con Sam.

—No tardes, muchacho.

Bill hizo un gesto de asentimiento y abandonó la habitación.

Roberts se tendió en la cama. Llevaba un rato a solas cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién es?

—Jacinta —le contestó una voz femenina—. Tengo que cambiar las sábanas.

Frank sonrió. Una mujer siempre venía bien. Y a lo mejor resultaba bonita.

—En seguida abro.

Saltó de la cama y acudió a abrir. Quiso cerrar enseguida, pero no pudo porque el hombre que estaba al otro lado empujó la puerta. Tenía un revólver en la mano.

Frank retrocedió unos pasos mientras se le ponía la carne de gallina.

—Usted no es Jacinta.

—Premio, juez —le contestó Ben Morris.

—Y está feo engañar a un juez.

—¿Por cuánto me va a condenar?

—A perpetuidad, si no se marcha ahora mismo.

Ben cerró la puerta de un puntapié.

—¿Cuál es su secreto, juez?

—Se lo diré, amigo. Sólo consiste en mirar con fijeza a las mujeres, y en sonreírles de esta forma. —Frank sonrió pero con aquella sonrisa no habría conquistado ni a una bizca.

—No me refería a las mujeres, juez, sino a la forma en que se libró de mi amigo.

—¿Cuál es su nombre?

—Ben Morris.

—Entonces le diré algo, Ben Morris. Todo cuanto diga a partir de ahora le será tenido en cuenta.

—Nadie me lo va a tener en cuenta, juez… Ni siquiera usted.

—De acuerdo. Lo olvidaré a condición de que me deje en paz.

—Trato hecho. Lo dejaré en paz.

—Gracias.

—La paz de los difuntos.

—¡No!

—Las cosas están así para usted.

—¿Por qué me quiere matar?

—Yo sólo cumplo con mi obligación.

—Eso quiere decir que alguien lo contrató.

—Otra vez premio.

—¿Quién?

—Se morirá sin saberlo.

—Hombre, no sea así. Si me dice quién es su patrón, dejaré encargado que le pongan una condena pequeñita.

—No, juez. Usted se muere sin saber nada de nada. Hasta que nos encontremos en el infierno.

Roberts cerró los ojos y pegó un chillido.

En seguida se produjeron dos estampidos.

Roberts se tambaleó con las manos en el vientre. Chocó contra la

pared y cayó sobre los cuartos traseros.

—¡Me han agujereado las tripas!… ¡Me las han agujereado!

—Nadie te ha agujereado nada.

Roberts abrió los ojos y se quedó de una pieza al ver junto a la puerta a Bill Curtis con el humeante revólver en la mano.

Ben Morris estaba tendido en el suelo y daba lástima ver su cabeza porque había quedado muy estropeada.

—Fue él quien sufrió los daños —dijo Bill.

Roberts se levantó de un salto.

—¡Renuncio como juez Larne!

—No se admite tu renuncia.

—¿Es que no lo has visto? ¡Ese tipo me ha querido matar!

—Y yo cumplí mi palabra. Dije que te protegería. Lo único que siento es que tuve que tirar a matar porque él ya iba a apretar el gatillo. ¿Te contó algo antes de morir?

—Traté de sacarle el nombre de su patrón pero no lo conseguí.

—Está bien. Seguiremos adelante.

—Ah, no. Eso sí que no. ¡No cuentes conmigo!

—¿Es que no lo has visto? Ya ha pasado el peligro.

—Es lo que tú dices. ¿Cuántos hombres más habrán sido contratados para retirarme de la circulación?

—Sólo uno. Éste.

—Eso no lo puedes jurar.

—Recuerda lo que decías hace un rato. Que empezaba a gustarte ser juez.

—Retiro lo dicho. No me gusta nada.

El *marshall* llegó acompañado por Sam.

Bill inventó una historia para el representante de la ley. Ben Morris era un hombre que el juez había mandado a la cárcel y que ahora, al salir, se quiso vengar.

En cuanto al compañero de Ben, Chester Fuller, no quiso intentar nada contra el hombre que creía el juez Larne y, poco después de la muerte de Ben Morris, montaba en su caballo y salía de Lane City.

Katia Power estaba hermosísima con su vestido negro. Tenía veintisiete años y era esbelta. Poseía su rostro bellísimo en el que resaltaban unos ojos verdes y un cabello rubio, como el trigo en agosto.

—Hemos sentido mucho la muerte de su marido —dijo Eddy Thalberg, el alcalde de Columbus.

—Gracias, señor Thalberg.

—Hubiese querido venir a darle el pésame inmediatamente.

—Le comprendo, pero no quise recibir a nadie durante los primeros días porque estuve demasiado impresionada.

—Por fortuna, el culpable fue encontrado enseguida. Y está todo claro. He estado hablando con el *marshall* de Harold Fleming y me lo explicó. Paul Connery mató a su marido por la posesión de los pozos de Santa Clara.

—Sí, señor Thalberg. Paul Connery y mi esposo discutieron muchas veces acerca de los pozos, pero nunca pensé que Connery llevase las cosas tan lejos y que recurriese al homicidio.

—Connery lo pagará.

—De eso no tengo la menor duda. Me han dicho que el juez Larne llegará aquí en un par de días. Será muy doloroso para mí asistir al juicio.

—Pida permiso al juez para no comparecer. Usted es muy amiga de Larne.

—Sí, soy amiga de Larne, pero no quiero aprovecharme de esa amistad. Si él considera indispensable mi asistencia, acudiré a testificar.

—En fin, señora Power, ya sabe que me tiene a su disposición… Si en algo puedo serle útil…

—Es usted muy gentil, señor Thalberg.

El alcalde cogió la mano de Katia y la besó.

Al quedar sola, Katia Power se miró en el espejo, y sintióse satisfecha porque el luto le estaba realmente a las mil maravillas.

Louis, el criado, se dejó ver.

—Señora, tiene un visitante.

—¿Quién es?

—Aquel *cowboy* que estuvo trabajando aquí durante algún tiempo. Chester Fuller.

—Que pase.

El criado se marchó y poco después entró en la estancia Chester Fuller.

—Buenas noches, señora Power.

—¿Vienes a darme la agradable noticia de que el negocio salió

bien?

—Todo lo contrario.

Los labios de Katia dejaron de sonreír.

—¿Qué pasó, Chester?

—Intenté matar al juez Larne pero fallé.

—Eres un estúpido. ¿Y Ben?

—A Ben le fue peor que a mí. A él lo mataron.

—¿Dónde ocurrió eso?

—En Lane City.

—¿Qué par de imbéciles me fui a buscar? Después de Lane City está Columbus. El juez se habrá puesto en camino.

—Sí, señora Power.

—¿Por qué no te detuviste para cargártelo de una vez por todas?

—Porque ahora el juez no está solo. Le acompañan dos tipos. Uno es Bill Curtis. El juez le ha nombrado su ayudante. Y el otro un grandote llamado Sam Darwell.

—El juez nunca ha llevado compañía.

—Pero ahora la lleva. Seguramente se le ocurrió después de que yo fallé.

—De modo que eso te lo debo a ti.

—Señora Power, yo hice todo lo posible.

—Has demostrado tu inutilidad.

—Pero he hecho algo por usted.

—Sólo has hecho el indio.

—Al llegar a la ciudad encontré a un antiguo compañero. Se llama Bruce Daniels y es un gran *gun-man*. Me anticipé a sus deseos y le sugerí algo. En resumen, que está dispuesto a cargarse al juez, aunque costará un poco caro.

—¿Cuánto?

—Mil dólares.

—Está bien. Dile a Bruce que lo mate.

—Sí, señora Power.

—Pero pongo una condición.

—¿Cuál, señora Power?

—Que lo mate apenas llegue.

—No se preocupe, señora Power. Bruce Daniels conoce bien su oficio.

—Espero que lo conozca mejor que tú y que Ben.

CAPÍTULO V

El *marshall* de Columbus, Harold Fleming, estrechó la mano de Frank Roberts.

—Celebro verle de nuevo, juez Larne.

—Yo también me alegro de verle a usted, Harold. Éste es mi ayudante Bill Curtis.

Harold y Curtis cambiaron un saludo.

Sam, como en Lane City, se había encargado de llevar los caballos al establo.

El hombre que estaba en la celda, Paul Connery, frisaría los cuarenta y cinco años. Estaba mirando a través de los barrotes. Su talla era mediana.

—Ése es Connery, juez —dijo Harold—. Mató a Douglas Power por culpa de unos pozos. Estuvieron peleando durante un año por su posesión. Traté de imponer paz entre ellos pero eso no fue posible. Y ya ve los resultados. Connery perdió la paciencia y se cargó a Douglas Power.

Connery echó a andar hacia la reja y se cogió a los barrotes.

—Juez, ¿puedo hablar?

—Ya hablará en el juicio.

—Prefiero hacerlo aquí.

Frank miró a Bill y éste le hizo un movimiento afirmativo.

—De acuerdo, Connery. Cuente su rollo.

—No maté a Douglas Power.

—No me pilla de sorpresa que diga eso. ¿Sabe una cosa? En todas partes que voy me encuentro con tipos que niegan sus delitos. El día que uno admita su culpabilidad, dimitiré como juez.

Bill se pasó una mano por la boca para ocultar la sonrisa. Frank Roberts estaba cada vez mejor en su papel.

—Señor Larne —siguió hablando Connery—, los pozos de Santa Clara significaban mucho para mis reses y estaban incluidos en las tierras de mi propiedad. Douglas Power me los quiso quitar.

—*Marshall,*— dijo Roberts —¿es cierto que esos pozos son de Paul Connery?

—Lo malo es que no lo puede demostrar. El Registro de Propiedad fue incendiado durante la Guerra Civil cuando una pandilla de sudistas, al mando de Cole Younger, se nos coló en la ciudad.

—¡Pero tengo mi escritura para probar que los pozos de Santa Clara son míos! —gritó Connery.

—Sí, y también tenía una escritura el señor Power y en ella figuraban los pozos de Santa Clara como propiedad suya. Pero, de todas formas, el juez Larne no tiene que juzgar ahora quién es el auténtico dueño de los pozos. Te tiene que juzgar a ti, Connery, por el homicidio de Douglas Power.

—¡No lo maté!

—¿Cómo ocurrió esa muerte? —preguntó Roberts.

—Yo iba camino de los pozos de Santa Clara —contestó el *marshall*—. Desde hacía unos días los *cowboys* de uno y otro rancho se estaban tiroteando. Decidí hablar con Connery y con Power para que llegasen a un acuerdo. Ambos utilizarían los pozos de Santa Clara, hasta que usted decidiese cuál de los dos era el auténtico dueño. De repente oí un estampido. Eché a correr y, al llegar a un bosquecillo de pinos, me encontré al señor Power en el suelo, boca arriba. Estaba muerto. Le habían metido una bala entre los dos ojos. Oí ruido a mi espalda y giré con el revólver en la mano: «Salga de ahí», ordené. —Fleming apuntó al preso—. Y salió Connery. Había estado allí escondido, en cuclillas, y había un revólver cerca de él. Cogí el revólver y vi que había sido disparado recientemente.

—¡Yo llegué unos segundos después que usted! —gritó Connery —. Me acerqué con precauciones y fue cuando usted me sorprendió.

—¿Y el revólver?

—El revólver no era mío.

Fleming sonrió a Frank.

—Ha repetido una y otra vez esa historia. Que él no lo hizo. Que él llegó un poco después que yo. Que el revólver que estaba a un metro de él, no era de su propiedad y que, por tanto, no lo disparó.

Pero como verá, el caso está bastante claro.

Frank Roberts sacudió la cabeza.

—Sí, creo que no hay lugar a dudas.

Connery chilló:

—¡No maté a Power!… ¡Juro que no lo maté!

El *marshall* se encogió de hombros.

—Juez, ¿celebrará mañana el juicio a la hora de siempre?

—Sí.

—Entonces tendrá a Connery a las diez en el Tribunal.

—De acuerdo.

Frank y Bill salieron de la comisaría mientras Connery seguía gritando:

—¡Soy inocente!… ¡Soy inocente!

Ya en el porche, Frank preguntó:

—¿Qué te parece, Bill?

—Tampoco aquí vamos a encontrar la solución de la muerte del juez.

—¿Y si los *cowboys* de Connery quisiesen matarme?

—No tiene sentido. Matándote no solucionarían nada. Otro juez condenaría a Connery.

—Sí, tienes razón, Bill. Tengo hambre. Vamos al restaurante.

—Prefiero un trago de *whisky* y pasar un rato con una *girl.*

Bill le dio una palmada y se marchó al *saloon.*

Roberts se dirigió al restaurante y tomó posesión de una mesa.

La camarera, de busto desarrollado y ojos grandes, le tomó el pedido.

Un hombre que pasaba tropezó con las piernas de Roberts.

—¿Por qué puso ahí los remos, atontado?

Roberts estaba seguro que no era el culpable del incidente y dijo:

—Creo que fue usted el que tropezó.

—Miren al tipo listo.

—Oiga, ¿sabe con quién está hablando? —Se engalló Frank recordando su disfraz.

—Dígame usted.

—Con el juez Larne.

—¿Debo hacerme aguas menores?

—No, pero podía tener un poco de respeto.

—Ustedes los jueces se creen que son los amos del mundo, y olvidan que también tienen obligaciones como los demás ciudadanos.

—Yo no olvido nada.

—¿Sabe lo que me parece usted, juez? Un bocazas. —Oiga, se está sobrepasando y lo puedo condenar.

—¿A qué me va a condenar?

—Le puedo imponer una multa por insultarme y lo puedo encerrar en la cárcel por la misma razón.

—Sí, usted podría hacerlo, pero no lo hará.

—¿Por qué cree que no?

—Porque un juez muerto no puede imponer condenas.

—¿Un juez… muerto? —dijo Frank haciendo un gallo. Miró a la puerta esperando ver allí a Bill, pero su amigo no estaba en el restaurante, y eso era lógico puesto que se había ido al *saloon*.

—Oiga, amigo —dijo con un hilillo de voz.

—No soy su amigo.

—Olvidaremos todo. Quiero decir que usted no tropezó conmigo.

—Demasiado tarde, juez. Ya no puedo aceptar sus escusas.

Movió la mano hacia el revólver.

De pronto oyó una voz a su espalda.

—Yo no haría eso.

Volvió la cabeza.

Roberts dio un suspiro de alivio porque el hombre que acababa de hablar era Bill Curtis.

El asesino arrugó el ceño.

—¿Qué pinta usted aquí?

—Me dirigía al *saloon* cuando lo vi a usted cruzar la calle, Daniels.

—¿Conoce mi nombre?

—Lo conozco a usted porque lo vi en Abilene. Allí era un matón y, por lo visto, lo sigue siendo.

Roberts gritó.

—¡Me quiere matar, Bill!

—Ya lo supuse y por eso decidí seguirlo.

Daniels forzó una sonrisa.

—¿Qué es lo que pretende impedir?

—Ya lo sabe. Que mate al juez. Pero antes quisiera que me contestase a una pregunta, Daniels. ¿Quién le paga?

—Es un secreto.

—Es tradicional que los moribundos desembuchen los secretos.

—Yo no soy un moribundo.

—Lo va a ser dentro de unos instantes.

—¿Cómo se llama?

—Bill Curtis.

—Entonces le diré algo, Curtis. Usted va a ser el moribundo.

Daniels tiró del revólver pero Bill le sacó ventaja.

Roberts se arrojó de la silla buscando la protección de la mesa. Sonó un estampido y un cuerpo se derrumbó.

Roberts pegó un chillido al ver delante la cara de Daniels.

Bill llegó al lado de su rival, que tenía un agujero en el esternón.

—¿Quién es su patrón, Daniels?

—Chester Fuller.

—¿Dónde está?

—En el *saloon.*

—Gracias.

Daniels se echó a reír.

—Todos los moribundos desembuchan —dijo y se murió.

—Quédate aquí, juez, y habla con el *marshall.* Yo voy al *saloon.*

Antes de que Roberts pudiese recuperar el habla, Bill salió del restaurante.

Entró en el *saloon* y una *girl* le salió al encuentro.

—Hola, buen mozo.

Bill vio que Sam había ligado con otra *girl.*

—Estoy buscando a un tipo, muchacha. Se llama Chester Fuller.

—Es un antipático. Te divertirás mucho más conmigo.

—Es que tengo un negocio con él. En cuanto termine con Chester, tú y yo lo pasaremos en grande.

—¿Prometido?

—Prometido.

—Chester está con una de mis compañeras, Mary, en el reservado número cuatro.

Fuller tenía a una *girl* sobre las rodillas y le estaba diciendo:

—Nena, te voy a comprar un collar de los caros.

Bill chasqueó la lengua.

—No, Fuller, tú no le vas a comprar nada a Mary porque tu negocio se vino abajo.

Chester dio tal salto que la *girl* se le fue de las rodillas yendo a parar al suelo.

Mary pegó un chillido y se levantó frotándose la cadera golpeada.

—¿Qué pasa, Chester?

—Que llegó un entrometido.

Bill señaló la puerta.

—Sal, Mary. Chester y yo tenemos que hablar de un negocio.

Mary salió rezongando por lo bajo.

Chester tenía los ojos llenos de miedo.

—No te conozco —dijo.

—Para que no andes haciendo preguntas estúpidas pondré las cosas claras. Soy Bill Curtis y acabo de matar al hombre que pagaste.

—No sé de qué me hablas.

—Se llamaba Bruce Daniels y lo he matado en el restaurante de enfrente.

—Lo siento, chico. No sé nada de nada.

—Qué lástima —dijo Bill y le soltó una bofetada.

Fuller saltó de la silla y trató de pegar un puñetazo a Bill, pero éste no le dio ninguna oportunidad porque le descargó dos golpes demoledores, uno en el estómago y otro en el hígado.

Fuller se derrumbó.

Bill lo cogió por el cabello y le soltó dos bofetadas.

—Chester, todavía estás a tiempo de conservar el pellejo. Tú tienes poca categoría para desear la muerte de un juez. Y eso quiere decir que representas a alguien. ¿A quién?

Fuller no dijo nada.

Bill lo volvió a abofetear.

—A la viuda Power —dijo Chester.

Bill hizo un gesto de asombro.

—Van saliendo las cosas. Continúa, Chester.

—No sé nada más. La viuda me dijo que el juez debía morir y me pagó mil dólares por el trabajo.

—¿A cuántos contrataste?

—A Ben Morris y ahora a Bruce Daniels.

—¿A quién más?

—A nadie más. Lo juro. Y tampoco sé por qué la viuda quiso que matásemos al juez. Se lo pregunté pero no me lo dijo.

El *marshall* Fleming paseaba de un lado a otro de su oficina.

—No lo comprendo. ¿Por qué iba a querer la viuda matar al juez?

Connery habló desde la celda.

—Ha quedado probada mi inocencia.

—No, todavía no. Sólo ha quedado claro que quieren matar al juez Larne y nadie sabe por qué.

—Lo sabremos —dijo Bill.

Frank Roberts se rascó una patilla.

—Imagino cuál es tu plan. Te vas a ir al rancho de la señora Power, la atraparás por el cuello y la obligarás a que confíese.

—Supongo que la viuda Power debe ser tan dura como el granito.

El *marshall* intervino.

—Y yo no dejaría que se le hiciese daño a una mujer para obligarla a hacer una confesión. No sería legal. Y tampoco un jurado podría condenarla. Bastaría con que ella rectificase en el juicio.

Bill se inclinó sobre Roberts y le pegó una palmada en la espalda.

—Eres un tipo con suerte.

—¿Ah, sí? Me están intentando matar a cada momento y dices que soy un tipo de suerte.

—Tú irás al rancho para reunirte con la viuda.

—¡Ni hablar!

Bill lo cogió del brazo.

—Hasta luego, *marshall*.

Los dos amigos salieron de la comisaría.

—¡No me vas a convencer, Bill! ¡No iré a ese rancho! —¿Prefieres seguir esperando que te llegue una bala por la espalda?

—¡Claro que no!

—Entonces no tienes más remedio que ayudarme a coger a esa mujer.

Roberts puso una cara compungida.

—¿Sabes lo que eres tú, Bill?

—Un chantajista —sonrió su amigo.

Capítulo VI

La hermosa Katia Power estaba bebiendo un *whisky* cuando la puerta se abrió.

Al volverse se quedó helada. El vaso le resbaló de los dedos y cayó en el suelo, haciéndose pedazos.

El hombre que acababa de entrar era Frank Roberts, bajo su disfraz de juez Larne.

—Buenas tardes —dijo.

La joven sonrió y echó a correr.

Llegada al lado de Roberts, le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

Ahora el sorprendido fue Roberts.

Katia apartó su boca de la de él y dijo:

—Querido, cuánto te he echado de menos.

Lo volvió a besar, ahora con más pasión que antes.

Por fin, cuando terminó aquel beso, ella dijo:

—No tuve más remedio que hacerlo. Sé que me lo prohibiste. Que me dijiste que no matase a mi marido, pero ya te dije que sería fácil. Y te lo he demostrado… Todo salió bien, como yo lo preparé. Maté a Douglas y Connery fue detenido como culpable. Incluso tuve más suerte de la que cabía esperar, porque Connery estaba cerca del lugar donde acabé con Douglas.

Roberts cogió las manos de Katia y las apartó de su cuello.

—¿Eso hiciste?

—Lo hice por nosotros. Por ti y por mí. Para que ya no tuviésemos que vernos clandestinamente… Nos casaremos, Michel. Seremos felices.

—Por eso me quisiste matar.

—¿Eh?

—Lo sé todo. Pagaste a Chester para que me liquidase. Y Chester contrató a Ben Morris y luego a Bruce Daniels para acabar conmigo. No podías consentir que yo negase vivo a Columbus porque sabría la verdad. Que tú mataste a tu marido y no Connery… Chester cantó. De modo que no hace falta que niegues…

La bella joven se mordió el labio inferior con fuerza.

—Tú fuiste el culpable, Michel… Debiste dar tu consentimiento para que yo enviudase. Me querías a mí sin comprometerte, Y yo no quería que las cosas siguiesen así. Odiaba a mi marido. Lo odiaba con todas mis fuerzas. Te lo dije. Te lo advertí, Michel. Ahora podremos empezar una nueva vida. Estoy arrepentida de lo que hice contra ti. Te sigo queriendo, Michel. Te juro que te sigo queriendo como a nadie en el mundo.

—No, no puedes quererme, Katia.

—Te lo he jurado.

—Mírame a la cara.

Roberts se llevó la mano al bigote rubio y se lo arrancó de un tirón. Luego hizo lo mismo con las dos cejas. Por último, le llegó el turno a la peluca.

El rostro de Katia había ido reflejando un asombro cada vez más grande.

—¿Quién es usted?

—Podría decir el fantasma de Michel Larne.

—¿El fantasma?

—Sí, nena, y hay una razón para ello.

—¿Eh?

—Chester acertó la primera vez. Mató al juez.

—Entonces usted…

—¿Todavía no lo has comprendido? Yo ocupé su lugar.

—¡Maldito!

La puerta se abrió dando paso al *marshall* y a Bill.

—Señora Power —dijo Fleming—. La detengo en nombre de la ley.

Los dientes de la hermosa viuda rechinaban mientras seguía con la mirada fija en el rostro de Roberts.

—¡Canalla!… ¡Miserable!

Roberts se echó a reír.

—El que la hace la paga. ¿No es eso, Bill?

—De eso puedes estar seguro —contestó su amigo y le alargó un periódico por la primera página. Era un ejemplar del *Centinela* de Apache City que en letras gruesas decía:

«Petróleo en el Desierto de los Lagartos»

Roberts atrapó el periódico con las dos manos y se quedó con la boca abierta leyendo una y otra vez los titulares.

—¡No! —gimió—. ¡No puede ser!… ¡El Desierto de los Lagartos es mío! Fue lo que vendí a los primos.

—El que la hace la paga —sonrió Bill Curtis.

—¡Soy rico, Bill!… ¡Soy rico! —gritaba Sam Darwell—. Soy un potentado del petróleo… ¡Gracias, Frank! Gracias por haberme vendido un trozo de terreno que vale millones de dólares por seiscientos pavos.

—Déjame morir en paz —gimió Frank.

Se encontraban sentados ante una mesa, en el *saloon*.

Sam los había invitado a una botella de champán para festejar su buena suerte, pero Frank no había querido beber un solo trago. Sólo tenía ganas de compadecerse.

—¿Qué os parece? Mi abuelo Isaías fue un buscador de oro. Toda su vida la pasó de un lado a otro y no encontró oro ni para hacerse una muela… Se le ocurrió comprar el Desierto de los Lagartos a un compañero y cuando murió me lo dejó como herencia. ¡Y a mí sólo se me ocurrió trocearlo para venderlo en parcelas como nueva tierra de promisión! Y ahora resulta que bajo el Desierto de los Lagartos hay…

—Un océano de petróleo —dijo Sam.

—¿Os dais cuenta? ¡No engañé a nadie! ¡Vendí terrenos petrolíferos a precio de saldo!

—Eres un hombre benemérito —dijo Bill—. Seguro que te levantan una estatua, Sam.

—Yo me ocuparé de eso. Frank tendrá la mejor estatua que se haya levantado en nuestro país. ¿En qué posición quieres que te pongamos, Frank?

—Colgado de la rama de una encina.

Sam y Bill rieron de buena gana.

El *marshall* entró en el local y se acercó a la mesa.

—Bien, muchachos. La señora Power acaba de firmar su confesión.

—¿A cuánto la condenarán?

—No hay quien la libre de veinte años de mazmorra.

—Demonios, pues cuando salga será una viejecita.

—Sí, habrá perdido gran parte de su encanto y ya no podrá engañar a nadie.

El ranchero Connery también se acercó a la mesa.

—Amigos, el *marshall* me lo ha contado. Les debo mi libertad y quiero premiarlos.

Sacó un gran fajo de billetes.

Roberts alargó la mano pero Bill se le adelantó.

—Eh, que yo fui el juez, Bill.

—¿Y quién te libró de morir varias veces?

—Aquí hay quinientos dólares —dijo Connery.

Se despidió de ellos, marchándose con el *marshall.*

Bill entregó doscientos cincuenta dólares a Frank, reservándose otros tantos para él.

Sam se puso en pie diciendo:

—¿Qué estamos esperando para ponemos en camino hacia Apache City?

—No contéis conmigo —contestó Frank.

—¿Por qué no?

—Si fuese a Apache City, me moriría viendo a todo el mundo rico gracias a mí. No, muchachos, yo me voy a San Francisco.

—¿Y qué vas a hacer en San Francisco?

—Quizá me convierta en ermitaño.

—Oye, Frank —dijo Sam—, yo no soy un tipo ambicioso, quiero decir que lo que tengo lo voy a repartir con Bill, y no tengo inconveniente en repartirlo también contigo.

—¿Hablas en serio?

—Claro que hablo en serio.

—Tienes muy buen corazón, Sam, pero no lo puedo consentir. Estoy decidido a ir a San Francisco. Os deseo la mayor suerte del mundo y que encuentres en tus terrenos ese océano de petróleo.

—Como tú quieras, Frank. Pero si alguna vez te encuentras necesitado, ya sabes dónde tienes unos amigos. En Apache City.

—Hasta la vista, muchachos.

Bill y Sam se despidieron de Roberts y éste se marchó del *saloon.*

—Después de todo no es mal muchacho —comentó Sam.

—Me parece muy rara su decisión.

—Yo, en cambio, la encuentro muy lógica. A mí me pasaría lo mismo si hubiese vendido esos terrenos sin haberme reservado ni siquiera un palmo.

Bill extendió el periódico ante sí.

Esta vez no prestó atención a los titulares, sino a una noticia que iba en un recuadro, al final de la página:

> «La Internacional Petroleum interesada en los hallazgos de Apache City»

Milton Reisner, presidente de la Internacional Petroleum, pegó un puñetazo en la mesa.

—Tenemos que conseguir esos terrenos cuesten lo que cuesten. ¿Lo oyen, caballeros?

Asistían a la reunión los cinco accionistas más importantes de la Compañía Petrolífera.

Uno de ellos, el viejo Tom Blacford, que se había hecho famoso en el país por su tacañería, a pesar de que estaba podrido de millones, dijo:

—Propongo una guerra a sangre y fuego.

—¿Qué quiere decir, señor Blacford? —preguntó Reisner.

—Según tengo entendido, el Desierto de los Lagartos perteneció a los apaches. Pues bien, proporcionaremos armas a los apaches para que se rebelen. Una buena masacre en Apache City haría disminuir el valor de los terrenos hasta el punto de que podríamos comprarlos a precios asequibles.

Reisner carraspeó:

—Señor Blacford, ¿ha mirado el calendario?

—¿Por qué había de mirarlo?

—Porque estamos en el año 1880. No quedan ya apaches ni para atacar una caravana porque los exterminaron a casi todos.

El astuto vejete rió.

—Eso tiene fácil arreglo, señor Reisner. Contratamos a un grupo

de desalmados blancos y los pintamos de apaches.

—Señor Blacford, hace mucho tiempo que la Internacional Petroleum abandonó los viejos métodos de conquista… Hoy es necesario emplear la astucia.

—Cuando me hablan de la astucia, me pongo a temblar porque eso quiere decir una gran inversión de dinero.

—Según. La astucia es muy elástica, señor Blacford.

—¿Y qué se le ha ocurrido en este caso?

—Mucho, amigo mío. Se me ha ocurrido mucho. Por ejemplo, utilizar al animal de la creación que reúne más astucia. La mujer.

Un viejo crapuloso, Marck Green, que era algo sordo, pegó un chillido.

—¡Eso! ¡Mujeres!… ¡Que entren ya!

Alguien le pegó un puntapié por debajo de la mesa y el viejo chilló otra vez, pero ahora de dolor.

Milton Reisner pudo proseguir:

—Emplearemos a la mujer, en todas sus facetas, como arma de ataque. Apache City es el pueblo más cercano a los terrenos petrolíferos. Abriremos allí casas de juego, *saloons*, cantinas, y en todos ellos estará presente la mujer. Trabajarán con nosotros las más hermosas beldades del país. Todos los locales estarán llenos de lujo. Venderemos el *whisky* o cualquier otra mercancía a precios diez veces por encima de su valor. Esos hombres tendrán que gastar dinero porque les pondremos delante de los ojos todo aquello que han deseado. La mayoría de ellos serán fácil presa de nuestra organización porque bastará con el juego para que los tengamos en nuestras redes. Les obligaremos a hipotecar sus terrenos. Otros se enamorarán de nuestras chicas y estarán dispuestos a vender su alma al diablo por ellas. Derrumbaremos a otros con el *whisky*…

—¿Y aquel que resista a las mujeres, al *whisky* y al juego? —preguntó Blacford.

—Tendremos controlado el servicio del orden. Nuestros representantes serán, por tanto, las autoridades de esa comarca. ¿Necesito decir a usted, señor Blacford, que aquel que no caiga víctima del juego, del *whisky* o de las mujeres caerá bajo el dominio de esos representantes nuestros?

—Sí, comprendo.

—Lo celebro, señor Blacford. Puedo hacer un resumen

diciéndoles que hay en juego muchos millones de dólares, y que la Internacional Petroleum hará todo lo posible para que esos millones caigan en sus arcas.

Los asistentes a la reunión prorrumpieron en aplausos.

El viejo crapuloso se puso también a aplaudir mientras gritaba:

—¡Que entren ya las mujeres!… ¡Que entren ya las mujeres!

Fue silenciado por el mismo procedimiento de antes, el puntapié por debajo de la mesa.

Blacford se levantó.

—Oiga, señor Reisner, ha hablado de que nosotros mantendremos el servicio del orden en Apache City, pero imagino que allí debe haber un *marshall.*

—Sí, señor Blacford. Se llama Stuart Wallace.

—¿Ya es de los nuestros?

—Todavía no, pero lo será.

CAPÍTULO VII

Sam encanutó los labios y lanzó un silbido.

—Demonios, esto parece Abilene en un día de rodeo.

Tenía razón.

Habían llegado a Apache City y estaban en su calle principal. Por las aceras corrían ríos de gente y a cada diez metros había organizada una pelea. Los tipos volaban por el aire y caían en el polvo.

Por la calzada circulaban los carruajes de las más variadas especies, y caballos montados por tipos de todas las cataduras.

Funcionaban varios *saloons* y cantinas, y algunos de ellos estaban sufriendo reformas. Los empleados llevaban hacia el interior de los locales grandes espejos, mesas y sillas de la mejor calidad.

Los ojos de Bill se detenían especialmente en las mujeres. Las había de todos los tamaños, rubias, morenas, pelirrojas, y todas eran atractivas y bellas.

Sam pegó un ladrido.

—¡Esto es el paraíso, Bill!

Un hombre le golpeó con una cachiporra en el codo.

—¡Paso a *madame* Brigitte!

Sam le tiró el puño a la cara y el tipo de la cachiporra voló por el aire y se estrelló contra la rueda de un carro.

Dos matones se lanzaron sobre Sam pero encontraron en su camino a Bill. Éste utilizó los puños y los dos fulanos siguieron al de la cachiporra.

Una mujer dio una patadita en el suelo.

—¿Qué hacen, pedazos de bruto?

Era una morena con cara picaresca, muy bonita, de unos

veintiséis o veintisiete años, que vestía con mucha elegancia y que llevaba un quitasol.

Bill se tocó el ala del sombrero.

—¿*Madame* Brigitte?

—La misma, y usted es un pedazo de animal.

Bill la repasó con la mirada de la cabeza a los pies con viaje de regreso.

—Es usted muy hermosa, *madame* Brigitte. Pero creo que debería aprender modales.

—¿Qué es lo que ha dicho, deslenguado?

—Estoy seguro de que no necesita que se lo repita.

—Muchachos, quiero que lo convirtáis en una piltrafa.

El de la cachiporra y los otros dos matones se lanzaron a la lucha. Pero estaban en su día de mala suerte porque Bill y Sam les zurraron fuerte.

Los tres guardianes de *madame* Brigitte escupieron dientes, echaron sangre por la nariz y por la boca y a uno de ellos le transformaron las dos orejas en dos repollos, y todo fue muy rápido, si se tiene en cuenta que el terceto quedó fuera de combate en un minuto y quince segundos.

Madame Brigitte parecía no dar crédito a lo que estaba viendo porque sus ojos estaban muy agrandados, y abría la boquita en un gesto de asombro.

Bill se tocó el ala del sombrero y dijo con mucha corrección:

—*Madame* Brigitte, mi amigo Sam y un servidor, Bill Curtis, olvidaremos este asunto.

—¿Que lo olvidarán?

—Quiero decir que no le guardaremos rencor porque somos de los que opinan que, en este mundo, todos somos hermanos.

Así diciendo, Bill atrapó a la joven por la cintura, tiró de ella y la besó en la boca.

Algunos tipos se pusieron a reír mientras aplaudían.

Un gracioso exclamó:

—¡Deja algo para los pobres!

Bill se apartó de Brigitte, no porque quisiese dejar algo para los pobres, sino porque necesitaba llevar aire a sus pulmones.

La joven de los malos modales se tambaleó.

—¿Qué es lo que ha hecho, insensato?

—Ya se lo dije. Somos hermanos y debemos ayudamos. Mi lema es «Hoy por ti y mañana por mí». —Le voy a romper el quitasol en la cabeza, granuja.

Madame Brigitte enarboló el quitasol que lanzó sobre Bill, pero éste hizo un quiebro. Cuando ya la joven se iba a caer, porque su arma se hundió en el vacío, Bill la agarró por la cintura, la hizo girar y otra vez unió su boca a la de ella.

Los aplausos se convirtieron en una ovación.

Una voz ronca rezongó:

—¿Qué infiernos pasa aquí?

Bill dejó libre a Brigitte, la cual, sofocada, tragando aire, señaló a un tipo alto, rubio, que mostraba una estrella en el pecho.

—*¡Marshall!* ¡Acabo de ser víctima de un atropello! Usted lo ha visto con sus propios ojos Señor Wallace, este hombre, perdón, quise decir este mulo, me besó a la fuerza.

Stuart Wallace, *marshall* de Apache City, arrugó el ceño observando al forastero.

—Su nombre, compañero.

—Bill Curtis.

—El de su amigo.

—Sam Darwell.

—¿Acaban de llegar y ya empezaron a armar jaleo?

—Disculpe, *marshall*. Pero nosotros no somos los culpables.

Madame Brigitte chilló:

—¡Fueron ellos, *marshall*! ¡Fueron ellos!

—Oiga, *marshall* —repuso Bill con voz paciente—, se puede pedir por favor que se aparte uno de la acera cuando va a pasar una señora, pero no se puede ir pegando cachiporrazos a los honrados ciudadanos para pedir paso a una señora por muy mona que ella sea.

Un viejo se acercó al *marshall*, soltando un hipido.

—Yo lo vi todo, *marshall.*

—¿Qué viste, Jeremías?

—Estos dos muchachos tienen razón —estaba señalando a Bill y a Sam—. A mí también me pegaron un cachiporrazo en la rótula para que me apartase. Y estaré cojeando durante unos cuantos días.

La joven llamada Brigitte protestó:

—¡*Marshall*, Jeremías es un borracho! No sirve como testigo.

—Claro que sirvo.

El *marshall* carraspeó.

—Lo siento, Brigitte, pero será mejor que olvidemos esto.

—¿Olvidarlo? ¡No, *marshall*! ¡No lo voy a olvidar fácilmente!

La joven dirigió una mirada de desprecio a Bill Curtis y éste le contestó con una reverencia y una sonrisa.

Brigitte abrió el quitasol y se marchó altiva, con la barbilla levantada. Sus matones fueron detrás como perritos falderos, dando traspiés porque todavía no se habían recuperado de la paliza.

El *marshall* se masajeó el mentón.

—Curtis, ¿por qué vienen aquí usted y su compañero?

—Sam es propietario de unos terrenos.

—¿Otro de los primos millonarios?

—Lo ha definido usted muy bien, *marshall.*

—¿Y qué pinta usted, Curtis?

—Soy su socio.

—¿Lo es, Sam?

—Desde luego.

—Está bien, muchachos. No puedo echarlos de Apache City, pero procuren comportarse bien a partir de ahora.

—Nos comportaremos bien si los demás nos dejan en paz —contestó Bill.

—No tiene pelos en la lengua.

—No, *marshall* Mi abuelo me enseñó a contestar a todas las preguntas.

—Un ciudadano modelo, ¿eh?

—Procuro serlo, *marshall.*

—Pues tenga cuidado. También los ciudadanos modelo acaban en la cárcel.

—No lo dudo, *marshall*. No lo dudo. ¿Me recomienda un hotel?

—Todo está ocupado. Hasta en los establos hay gente quitándole sitio a los caballos… Pero si tienen dinero para gastar, quizá encuentren espacio en el hotel de Susan Connors. Lo tienen ustedes enfrente.

—Gracias, *marshall.*

Bill y Sam saltaron de la acera y Jeremías fue con ellos.

—Oigan, les puedo proporcionar el mejor establo.

—¿Cuál es?

—El mío.

—Todavía no le di las gracias por su intervención en nuestro favor. Jeremías.

—No tiene por qué darlas. Sólo dije la mitad de la verdad.

—¿La mitad?

—No me pegaron en la rótula. Fue a un amigo. Pero conozco los modales de esos matones.

—¿Quién es *madame* Brigitte?

—La dueña del *saloon* La Ruleta de Oro, el mejor negocio de su clase en Apache City. Y si siguen así las cosas, *madame* Brigitte se convertirá en la persona más rica de la comarca.

—¿Tan buen negocio es?

—Siempre está lleno de gente; Aparte de eso, *madame* Brigitte se está haciendo dueña de muchos terrenos petrolíferos.

—¿Cuál es su procedimiento?

—El más sencillo. Muchos de los tipos juegan a crédito y, cuando han perdido unos cuantos miles, quieren recuperarlo… Ya se puede imaginar cuál es el final.

—Tienen que vender su propiedad para saldar la deuda de juego.

—Así es.

—¿Y qué hace el *marshall*?

—El *marshall* no puede hacer nada porque, según parece, el asunto es legal. Cada hombre es libre de jugarse lo que quiera, incluida la silla de montar y la esposa.

—Está bien. Jeremías. Le dejamos los caballos. Nosotros iremos al hotel.

Se despidieron del viejo y entraron en el hotel de Susan Connors, una mujer gorda, de unos cincuenta años.

—¿Tiene una habitación con dos camas, Susan? —le preguntó Bill.

Susan señaló un cartel de la pared en el que se decía: «No hay habitaciones».

—Si no sabe leer, se lo deletrearé, forastero.

—El *marshall* me dijo que era cuestión de plata.

—Ahora recuerdo que me queda una habitación con dos camas.

—¿Y cuánto hay que pagar?

—Tres dólares.

—No está mal.

—Por cabeza.

—Oiga, Susan, ¿por qué no se pone el antifaz?

Susan soltó una carcajada jovial.

—Oigan, amigos, yo soy honrada. Aquí impera la ley de la oferta y la demanda. Si quisiese aprovecharme, pediría diez dólares por habitación y me los darían.

—Se va a ir al infierno por mentir.

—¿Lo toma o lo deja?

—Estaremos solo un día porque debemos ir a nuestro terreno petrolífero.

—Trato hecho.

Bill pagó los seis dólares y cogió la llave de la habitación número siete.

Bill y Sam habían dormido toda la noche.

—Me comería un toro —dijo Sam cuando salieron a la calle al día siguiente.

—Pues vamos al restaurante a ver si lo tienen.

Se sentaron ante una mesa y un camarero chino vino a tomar el pedido.

A falta de toro completo, Sam encargó una pierna, pero pesaba tanto que la tuvieron que traer entre dos chinos.

Bill se conformó con huevos, tocino y un pedazo de tarta de grosellas.

Un hombre muy bien vestido, que usaba sombrero hongo se plantó delante de ellos.

—Buenos días, caballeros. Permítanme que me presente. Soy Ralph Clitton, empleado del Banco de Préstamos de Apache City.

—¿Qué quiere, señor Clitton?

—He sido informado que el señor Darwell tiene una pertenencia petrolífera.

—La tiene, si no se la ha llevado alguien en el bolsillo.

Clitton se echó a reír.

—Eso fue muy gracioso… ¿Puedo sentarme?

—Siéntese.

Clitton ocupó una silla.

—Caballeros, estoy autorizado para ofrecerles dinero.

—Eh, Bill, aquí tenemos a Papá Noel —dijo Sam.

—Nunca he creído en las fábulas aunque Papá Noel se merece mucho respeto.

Clitton tosió suavemente, con corrección, y dijo:

—Les podemos ofrecer un préstamo de hasta cinco mil dólares. Con ese dinero podrán comprar los útiles que necesitan para perforar su terreno. Y sólo tendrán que pagar un módico interés.

—¿Cuánto es el módico interés?

—Un quince por ciento.

—¿Cómo se llama el ladrón de su jefe?

—Señor Curtis, ya veo que sigue haciendo chistes.

—No, ése no era un chiste. Se lo preguntaba en serio.

—Comprendo que le parezca que el interés es un poco elevado, pero debe tener en cuenta ciertos factores.

—Ah, sí, que su jefe se quiere hacer rico muy pronto.

—No, señor Curtis. No es eso. Es que el Banco corre un riesgo. Nadie sabe dónde acabará el petróleo. La pertenencia de su amigo podría estar seca. ¿Y qué pasaría entonces?

—Que a su jefe le daría un dolor de tripa.

Clitton rió otra vez.

—Milton Reisner es un hombre muy comprensivo.

—Llévele un mensaje de nuestra parte.

—¿Qué mensaje?

—Que robe a su tía.

—¿Eh?

—Lo oyó bien, señor Clitton. Que robe a su tía.

Clitton se puso en pie. Quería seguir sonriente.

—Creo que hacen mal en no aceptar la ayuda generosa del Banco de Préstamos.

—Fuera.

—Hasta la vista.

Clitton se marchó dando saltitos.

Sam se chupó dos dedos llenos de grasa y dijo:

—¿Por qué lo echaste, Bill? Me lo habría comido después de la pierna de toro.

Bill sonrió a su amigo y después atacó los huevos con tocino.

CAPÍTULO VIII

Bill y Sam cabalgaban por entre las pertenencias petrolíferas.

Había ya muchas torres en pleno funcionamiento y otras en las que las perforadoras trabajaban a todo gas.

El aire estaba lleno de ruidos, y se olía a petróleo por todas partes.

Un tipo que estaba negro de pies a cabeza fue detenido por Bill.

—Eh, amigo, estamos buscando nuestra pertenencia.

—¿Cuál es?

—Según la escritura, está marcada con el número 3.

—Es un poco más arriba, pero ya tiene dueño.

—¿Quién se lo ha dicho?

—He visto allí a cuatro hombres perforando.

Sam pegó un chillido.

—¡Me están robando, Bill!… ¡Me están robando!

—Tranquilo, muchacho, tranquilo.

—¿Cómo quieres que esté tranquilo si nos van a dejar sin pantalones?

Bill habló otra vez al hombre manchado de petróleo crudo.

—Chico, ¿quiénes son los tipos que hay allí?

—Ya se pueden despedir del terreno.

—¿Por qué?

—Porque los cuatro que están en el campo número 3 son los más bestias que llegaron a Apache City. El jefe se llama Alec Roland y también le llaman La Machacadora. ¿Y saben por qué? Porque tritura las cabezas de los seres humanos como si fuesen nueces.

Sam se pegó un puñetazo en la cabeza.

—¡La mía es muy dura!

—Pues despídase de ella porque también se la machacará. A

propósito, si necesitan los servicios de un médico, yo les puedo echar una mano.

—¿Es usted doctor?

—Lo era antes de dedicarme al petróleo. Mi nombre es Buck Peters. Pero recuerden, sólo podré hacer algo por ustedes si vienen completos. No me gusta la cirugía. El otro día tuve que echar de mi cabaña a un tipo que vino con la oreja en la mano. Se la habían arrancado de un mordisco. ¿Lo entienden? Los quiero completos.

—Gracias, doctor Peters, pero si ve pasar trozos humanos por su ventana, descuide, porque no nos pertenecen.

El doctor se quedó con la boca abierta mientras Bill y Sam continuaban su camino.

De pronto descubrieron a una joven.

—Madre mía —dijo Sam—, qué lástima que hayamos comido ya.

—Sam, esas cosas no se dicen.

—Pero es que yo no he visto nada parecido. ¿Y tú, Bill?

—Yo tampoco, Sam, pero me contengo.

La joven en cuestión podría tener veintidós o veintitrés años y era la mujer más maravillosa y excepcional que podía existir sobre el planeta. Esbelta, con unas curvas pronunciadas, pero todo muy bien arregladito, con unos ojazos tremendos, de un color verde claro. Su piel parecía de nácar, la boca jugosa, de labios muy rojos, el cabello negro como el azabache. Y para colmo, las piernas que se adivinaban bajo el vestido debían ser maravillosas. Además, era muy limpia, llevaba un vestido blanco impecable.

Sam se tiró desde la silla y dijo:

—Señorita, píseme el sombrero.

La joven puso los brazos en jarras y repuso:

—Como usted los tengo a docenas —y pegó un puntapié al sombrero mandándolo a un charco de petróleo.

Sam corrió a por su sombrero, y cuando lo cogió ya no le podía servir porque estaba completamente empapado en aquel líquido negruzco y sucio.

—¿Qué ha hecho con mi sombrero?

—Usted se la ganó.

—Sólo quería requebrarla.

—Yo no pedí que lo hiciese.

Bill, que seguía contemplando a la joven, intervino en aquella disputa.

—Has hecho mal, Sam. Las fieras, cuando salen de la jaula, son muy peligrosas.

La joven lo miró con sus ojos verdosos llenos de furia.

—¿Quién es una fiera?

—No quiero nombrarla pero la estoy mirando.

—¡Usted…, usted es un desgraciado!

—No se ponga así.

—Me pongo como me da la gana.

—Cálmese, feúcha.

—¿Que es lo que ha dicho?

—Feúcha.

—¿Es que yo le parezco fea?

—Lo más horrible que he visto en mucho tiempo. Es usted una bruja, con las encías desdentadas, tiene una nube en un ojo, en el derecho, y la nariz torcida.

—¡Usted es cegato!

—Estoy describiendo lo que veo.

—¡Pues cómprese unas gafas!

—Es que yo veo el interior de las personas, señorita.

—No me diga.

—Eso es lo más importante en la vida. Ver lo que hay detrás de las apariencias. Ya sé que usted se mira todos los días al espejo. ¿Y qué es lo que encuentra? Una gran belleza. ¿Cuántas veces se sonríe al día? ¿Cuántas veces se dice: «Pero qué monísima soy»?

—¡Yo no me digo eso, animal!

—Vamos, vamos, que estamos entre amigos.

—¿Sabe lo que es usted?

—Ya me lo dijo. Un desgraciado.

—Algo más.

—Pues suéltelo. No se quede con las ganas.

—Un zanquilargo impertinente. ¡Eso es lo que es usted!

—No la oigo bien.

—Un zanquilargo impertinente.

—¿Por qué no grita más, señorita?

La joven fue a gritar, pero se dio cuenta de que Bill le tomaba el pelo, y tal descubrimiento la puso más furiosa aún.

—¡Quiero perderlo de vista!

—Lo mismo digo de usted, feúcha.

Bill movió las bridas del caballo y siguió adelante.

Sam, sin acordarse de cómo había quedado su sombrero, se lo puso en la cabeza. El resultado fue catastrófico porque se embadurnó de petróleo la cara. Soltó un gemido por lo bajo y siguió a su amigo.

Bill había llegado ante el campo número 3.

El doctor Peters no los había engañado. Allí estaban trabajando con una perforadora. Pero no se veía petróleo por ninguna parte.

Dos tipos grandullones, el torso desnudo, vigilaban la perforadora.

—Buenos días —dijo Bill.

Los dos tipos lo miraron. Uno de ellos era pelirrojo y fue el que habló.

—No nos gustan los curiosos. Lárguense.

—El caso es que no podemos largarnos.

—¿Por qué no?

—Porque estamos en nuestro campo.

—¿Quiere hacerse el gracioso?

—De ninguna forma. Soy Bill Curtis y éste es mi amigo Sam Darwell, dueño de la pertenencia que ustedes están trabajando.

—Ahuequen el ala.

Sam sacó el papel que había conseguido del falso Morgan a cambio de seiscientos dólares.

—Éste es mi título de propiedad en el Desierto de los Lagartos.

—Pues váyase con los lagartos.

Bill intervino.

—Creo que ya estamos entre lagartos.

—¿Ah, sí? Pues tenga cuidado no vaya a ser que un lagarto le muerda.

—Quiero ver el título de ustedes.

—Ustedes no van a ver nada.

Bill saltó del caballo.

Sam guardó el papel y se escupió en las manos.

—¿Vamos ya, Bill?

El pelirrojo soltó una risita.

—Muchachitos, ¿quieren que los mandemos troceados a la

cabaña del doctor Peters?

—Me gustaría verlo.

—Al momento serán servidos.

El pelirrojo y su compañero se abalanzaron sobre Bill y Sam. Éstos los esperaron a pie firme y, cuando sus rivales llegaron a sus dominios, dispararon los puños. El pelirrojo rodó por el suelo y encontró en su camino a la hermosa joven del vestido blanco.

La chica barrió con su vestido un charco de petróleo de la pertenencia vecina.

Se levantó gritando:

—¡Miren lo que han hecho con mi vestido recién estrenado! —señaló a Bill con el brazo extendido—. ¡Fue usted! ¡Fue usted, zanquilargo!

Sam había mandado a su enemigo a dormir porque le pegó con todas sus fuerzas.

El pelirrojo escupió dos dientes y gritó:

—¡Alex!

Entonces salió de la cabaña La Machacadora. Merecía el apodo, ya que medía dos metros y tenía cara de bestia.

—¿Qué pasa, Francis?

—Estos dos hombres dicen que tienen el título del campo.

La Machacadora dirigió una mirada a Bill y a Sam.

—Celebro conocerles, amigos. Pero ustedes no lo van a celebrar.

—¿Y por qué no?

—Quiero presentarles a mi hijito y se convencerán.

La Machacadora alargó la mano y cogió una estaca que debía pesar no menos de diez kilos. La acunó sobre su pecho y dijo:

—Éste es mi hijito. Se llama «Jimmy»… ¡Y ahora largo de aquí si no quieren saber lo que hace «Jimmy» con los fulanos como ustedes!

—Oiga, Machacadora —repuso Bill—, le conviene largarse. La ley está de nuestra parte porque usurpó esta propiedad. Y ahora se va a ir por las buenas o por las malas.

La Machacadora besó la estaca.

—A trabajar, «Jimmy».

Corrió hacia Bill y Sam haciendo girar la estaca por encima de su cabeza y de pronto la dejó caer sobre Bill. Éste saltó. De no hacerlo, «Jimmy» lo habría clavado en el suelo hasta el cuello.

Luego Bill pegó un derechazo en el estómago de La Machacadora para pararlo y, cuando lo hubo conseguido, le estreno la zurda en la mandíbula.

La Machacadora empezó a retroceder, pero en el camino se encontró con Sam. Éste dijo:

—Señores viajeros, al tren —y le pegó con la derecha.

Efectivamente, La Machacadora cobró la velocidad de un expreso.

La joven no se quitó a tiempo y La Machacadora se la llevó haciéndola saltar por el aire como si fuese una pluma.

Fue a parar a otro charco de petróleo, y esta vez hundió en él hasta la cabeza.

Quedó de rodillas en el charco y escupió petróleo.

—¡Maldito zanquilargo!

—¿Qué le pasa, feúcha?

—¡A usted me lo como!

—No sabía que fuese caníbal.

—Lo voy a ser ahora por primera vez en mi vida… ¡Me lo como…! ¡Me lo como!

La joven echó a correr y saltó sobre Bill.

Los dos cayeron y, después de rodar unos metros, fueron a parar a un charco.

Ambos quedaron rebozados. Ella pretendió pegar un zarpazo a Bill, pero éste la sujetó contra el suelo.

Bill también tenía la cara ennegrecida.

—¿Cómo se llama, fiera?

—Elizabeth… No me da la gana decírselo.

—Ya me lo dijo, Elizabeth. Y escúcheme… Es usted una niña muy mal educada. Y no sé por qué. Porque de pequeña le dijeron que era muy bonita y usted lo creyó. Y como otra vez intente hacer algo contra mí, le voy a pegar unos azotes en una parte que no le gustará.

Ella trató de morderle una mano y entonces Bill, dándose mucha prisa, la hizo girar, se la puso sobre las rodillas y le propinó una azotaina en donde la espalda pierde su honesto nombre.

—¡Salvaje!… ¡Gusano!

Bill la alejó de sí, arrojándola por el suelo, y se levantó.

—Una palabra más y le vuelvo a sacudir, Elizabeth.

—¡Asesino! —dijo la joven a punto de echarse a llorar.

—¡Silencio! Estoy tratando de arreglar un asunto de hombres y usted no me deja, feúcha.

—¡No soy feúcha!

—Pues mírese en el espejo y pregúntele a él.

Bill dio la vuelta y vio que Sam se estaba mondando de risa.

—Esto es lo más divertido que me ha pasado en mi vida.

La Machacadora se levantó bizqueando los ojos.

Bill lo cogió por el cuello y le pegó dos bofetadas.

—Alex, ¿me oyes?

—Sí, mi capitán.

—Que no estamos en el ejército.

—No, señor. No estamos en el ejército.

—Esto es Apache City y estás indebidamente en el campo número 3.

—Sí, señor. Estoy indebidamente.

—¿Quién te autorizó para meterte aquí?

—El señor Reisner.

—¿El del Banco de Préstamo?

—Sí.

—¿Qué te dijo?

—Que debíamos ocupar esta pertenencia puesto que no había aparecido el dueño.

—Pues le vas a dar un recado al señor Reisner. Y ya van dos. Dile que el verdadero dueño ya llegó y que no quiero ver a ningún empleado del Banco por este lugar.

—Sí, señor. Se lo diré. Pero tendremos que retirar la perforadora.

—¿Cuánto valen estos utensilios?

—Unos tres mil dólares.

—Está bien. Iré a hablar con el señor Reisner para quedarnos con el material. Y ahora lárgate con tus hombres.

El cuarto tipo salió de la cabaña, pero perdió las ganas de pelear cuando vio el estado en que se encontraba La Machacadora.

Así que, los cuatro empleados de Reisner se fueron inmediatamente.

Elizabeth echó a correr también mientras gritaba:

—¡Ahora vendrá mi hermano!… ¡Esperen que traiga a mi

hermano!

Sam se rascó el cogote.

—Demonios, su hermano debe ser un tipo bruto para haberse atrevido a traer una chica tan mona por aquí.

—Si ella quiere que nos peguemos, nos pegaremos.

Oyeron gritar a Elizabeth.

—¡Johnny!… ¡Ahí están esos salvajes!

Billy y Sam se quedaron asombrados al ver que Johnny era el larguirucho que habían conocido en Santa Rosa.

Él también los vio y, de pronto, levantó los brazos y dijo:

—¡Muchachos, qué alegría veros!

Abrazó a Bill y luego a Sam.

Entonces oyeron la voz furiosa de Elizabeth.

—¡Johnny! ¿Conoces a estos bichos?

—Sí, hermanita.

La joven miró la cara sonriente de Bill y después de dar una patada en el suelo dijo:

—¡No los quiero por vecinos!… ¡No los quiero!

—Johnny —dijo Bill—, tu hermana está muy mal de los nervios.

—Eso le digo yo. Que necesita casarse.

—Comprendo que te resulte difícil. Con ese genio que tiene, tendrás que indemnizar muy fuerte al que se case con ella.

Elizabeth agrandó los hermosos ojos.

—¡Johnny!… ¿Es que no lo estás escuchando?… ¡Están pisoteando a tu hermana! ¡A tu única hermana!… ¡La están poniendo perdida!

Bill sacudió la cabeza.

—Sí, eso es cierto. Esta usted perdida. Y si me permite decirlo, le conviene un baño.

La joven quiso decir algo pero las palabras se le atropellaron en la boca y, finalmente, dando media vuelta, entró en su cabaña.

CAPÍTULO IX

Milton Reisner escuchó lo que le decía La Machacadora.

En el despacho también se encontraba Clitton.

—Son los mismos hombres —dijo Clitton—. Los que yo quise convencer para que aceptasen el préstamo.

—Ya me he dado cuenta de que son los mismos —contestó Reisner—. Admito que fracases tú, Clitton, pero Alex tenía el deber de hacerlos entrar en razón.

La Machacadora se tocó el maxilar.

—Señor Reisner, esos tipos pegan muy fuerte.

—Debería despedirte por esto.

—Le he prestado buenos servicios, señor Reisner. Recuerde que le he convertido a muchos tipos en pulpa para el hospital.

—Está bien, Alex. Vete con nuestro capataz y él te asignará tu nuevo trabajo.

—Sí, señor.

La Machacadora salió del despacho y Clitton dijo:

—Curtis y Darnell son un par de huesos.

—Eso no me sirve. La Internacional Petroleum no tolerará obstáculos en su camino y, cuando los hay, deben ser apartados.

—Disculpe, señor Reisner, pero todos los empleados estamos poniendo el mayor entusiasmo en nuestro trabajo.

La puerta se abrió dando paso a *madame* Brigitte.

—Lárgate, Clitton —dijo Reisner.

El aludido sonrió a la joven y se retiró.

Apenas quedaron a solas, Brigitte bordeó la mesa y, al llegar junto a Reisner, le puso las manos en los hombros y lo besó en la boca.

—¿Qué te pasa, Milton? Parece que estás de mal humor.

—Es que lo estoy.

—¿Van mal las cosas?

—Van bien, pero de cuando en cuando surgen inconvenientes. —Milton señaló el mapa de Apache City que tenía detrás—. Observa las banderitas blancas que hay en el mapa. Son las pertenencias que han pasado a nuestro poder gracias a los esfuerzos de todos.

—Y algunas de ellas las he puesto yo.

—Sí, eso es cierto. Estás haciendo un buen trabajo. Pero todavía hay muchas banderas rojas, docenas y docenas, y eso significa que hay bastantes campos en poder de personas extrañas a la Internacional Petroleum.

—Irán cayendo poco a poco.

—Pero temo que el tiempo esté contra nosotros.

—¿A qué te refieres concretamente?

—Supón que los de las banderitas rojas se unen.

—Son lobos solitarios. Nadie se fía de nadie.

—Pero si se uniesen, nos podrían poner las cosas difíciles para continuar nuestro negocio.

Brigitte se sentó en sus rodillas y le pasó un dedo por los labios.

—Eres un pesimista.

—No, Brigitte. Ésa no es la palabra.

—¿Y cuál es?

—Realista.

Ella cogió las manos de él y se las puso en las caderas.

—Sé realista ahora.

Se besaron otra vez.

Alguien llamó a la puerta y Brigitte se levantó de las rodillas de Milton. Apareció uno de los empleados.

—Señor Reisner, aquí está Bill Curtis.

—Hazlo pasar dentro de cinco minutos.

—Sí, señor.

El empleado se marchó.

—Querida, te veré luego.

—Vine a pedirte seis chicas más para el equipo. Eran bastantes hace unos días, pero la clientela aumenta incesantemente. Ya hay peleas por las muchachas y los matones tienen que intervenir para imponer la paz.

—Está bien. Me ocuparé de eso. Tendrás tus seis chicas.

—Hasta luego, amor.

—Hasta luego.

Brigitte le dio un beso y salió por una puerta de escape.

Poco después entró Bill Curtis.

Reisner sentía curiosidad por conocer a los individuos que se oponían a sus planes. Había aprendido que, para vencer a un enemigo, uno debía conocerlo bien porque siempre existía la oportunidad de descubrir un fallo.

—Siéntese, señor Curtis.

—Gracias.

Bill ocupó un sillón.

Reisner cogió de la mesa una caja de cigarros.

—Son de La Habana, fabricados para mí.

—Qué bien.

—¿No quiere uno?

—No, gracias. Podría estar envenenado.

Reisner se quedó unos instantes boquiabierto y luego soltó la carcajada.

—Tiene buenas ocurrencias, señor Curtis.

—Usted también, señor Reisner, pero las suyas no me gustan nada. Mandó a su gentuza para que se apoderase del campo número 3.

—Tuve que hacerlo.

—¿Por qué?

—Por la ley.

—¿Por la ley? ¿Me he de reír o dejo correr el turno?

—Lo comprenderá enseguida, señor Curtis. Hay gente de revólver dispuesta a todo. Pensé que muchos propietarios de terrenos tardarían en llegar y decidí que mis empleados ocuparan los campos sin dueño, hasta que ellos llegasen. Pero inmediatamente les devolvería el terreno y para ello bastaría que mostrasen la escritura de compraventa.

—Se tomó mucho trabajo porque también ordenó que perforasen.

—Oh, sí, desde luego. ¿Por qué perder el tiempo? Pensé que al legítimo dueño le gustaría tener adelantadas muchas cosas. Todo se limita a que pague una cantidad por la perforación y los

instrumentos.

—¿Y todo eso lo hizo contando con el *marshall*?

—Sí, señor.

—Tienen aquí un *marshall* muy comprensivo.

—Le demostré que si yo actuaba de esa forma, se evitarían muchas disputas y quizás algunas muertes.

—Total que es usted un caballero con grandes virtudes.

—Procuro serlo.

—¿Cuánto tengo que pagarle por la perforación y demás molestias, señor Reisner?

Milton se tironeó de una oreja mientras permanecía pensativo.

—Ocho mil dólares.

—¿Está soñando?

—No, señor Curtis. Estoy bien despierto.

—Usted sabe que ninguno de los que vienen a tomar posesión de su propiedad manejan ese dinero.

—También lo he tenido en cuenta.

—¿Y qué?

—Acepto el pago en especie.

—Petróleo, ¿eh?

—Eso es. El propietario del campo a quien he ayudado sólo tiene que firmar conmigo un contrato ofreciéndome toda la producción de petróleo. ¿Se da cuenta? Poco a poco vamos descontando el dinero de la inversión que yo hice.

Reisner cogió un cigarro de la caja y lo encendió a grandes chupadas con la llama de un fósforo.

Bill lo estuvo observando un rato.

—Todo eso huele a podrido, señor Reisner.

—¿Por qué dice eso?

—Usted, con la combinación que se ha inventado, se convierte en el auténtico dueño de los campos petrolíferos. Pero con mi amigo Sam y conmigo no cuela.

—¿Qué quiere decir?

—Que no le pagaremos los ocho mil.

—No estará hablando en serio.

—Le pagaré tres mil dólares, Reisner.

—Dije ocho mil.

—La Machacadora dijo tres mil.

—Sólo es un empleado mío y no le he autorizado nunca para que se ocupe de mis negocios.

—¿Quién dice que no? La Machacadora estaba en el campo número 3 perforando, y no me vuelva a repetir que él estaba haciendo una obra de caridad en nombre de usted.

—Lo siento, señor Curtis, pero ya ha oído mi decisión. Ocho mil dólares.

—No, Reisner, no le voy a pagar ocho mil dólares. Y tampoco voy a comprometer con usted el petróleo que saquemos.

—Entonces tendré que retirar la perforadora, señor Curtis.

—Retírela.

—¿Va a consentir eso?

—Desde luego. Le doy veinticuatro horas para que sus hombres retiren la maquinaria de nuestro campo.

—No le será fácil encontrar maquinaria para sustituir la nuestra.

—Ya nos las arreglaremos.

—¿Es su última palabra, Curtis?

—La última.

Bill se dirigió hacia la puerta y salió pegando un portazo.

—¡Cedric!

El empleado apareció.

—Diga, señor Reisner.

—Quiero hablar inmediatamente con Armand Brown.

—Le oí hace un rato decir que se iba al *saloon* de *madame* Brigitte.

—Búscalo y tráelo enseguida.

—Sí, señor Reisner.

Cuando Cedric hubo salido, Reisner paseó a grandes zancadas por la habitación. Él iba a enseñar a Bill Curtis quién era él en Apache City. No, no podía consentir que un tipo como Curtis se le insolentase. Justamente poco antes había estado hablando a Brigitte de la posibilidad de que los dueños de los campos independientes se uniesen. Y para que aquella clase de gente se uniese sólo era necesario un hombre decidido. Bill Curtis lo era y, por lo tanto, se había convertido en una amenaza para la Internacional Petroleum.

CAPÍTULO X

Bill Curtis entró en la comisaría.

El *marshall* Stuart Wallace estaba sentado en una silla, con los pies sobre la mesa, leyendo un ejemplar del diario *El Centinela* de Apache City.

—Ah, es usted.

—Vengo a explicarle una situación, jefe.

—¿De qué se trata?

Bill le contó lo que había pasado en el campo número 3 con los empleados de Reisner.

El *marshall* escuchó atentamente, y cuando Curtis hubo terminado, soltó un bostezo.

—No le comprendo, Curtis. Ha debido dar las gracias al señor Reisner.

—¿Usted cree?

—Los hechos están a la vista. Ustedes llegaron y pudieron tomar posesión de su campo.

—A costa de una pelea. Si La Machacadora nos hubiese ganado, ahora Sam y yo estaríamos hechos dos piltrafas, nuestro campo seguiría en posesión de Reisner y, después de la paliza recibida, no habríamos tenido más remedio que vender por lo que ellos nos quisieran dar.

—No ha pasado nada de eso.

—Pudo pasar.

—Yo represento a la ley, Curtis, y no puedo detener a nadie por lo que pueda pasar. Lo que está por ocurrir no está penado. ¿O es que quiere cambiar las leyes?

—No, no quiero cambiar las leyes. Me basta con que se cumplan las que están escritas. Estoy seguro de que no hay ninguna que

autorice a nadie a tomar posesión de una propiedad que no le pertenece.

—¿Cuál es su denuncia?

—No hay denuncia.

Hubo un silencio entre los dos hombres.

Bill dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Espere, Curtis.

—¿Qué quiere, *marshall*?

—Ha venido usted a Apache City armando jaleo.

—Sé cómo defenderme. ¿O es que está prohibido?

—Déjese de frases ingeniosas. No está prohibido defenderse. Pero limítese a eso. ¿Lo oye, Curtis?

—Sí, *marshall*, le oigo muy bien.

—Esta ciudad ha crecido rápidamente, y sólo tengo dos ayudantes. Nos faltan manos para ocuparnos de todos los asuntos. Por eso tenemos que pasar por alto muchas cosas —señaló una puerta que comunicaba a las dependencias interiores—. Ahí dentro hay dos celdas y dentro de ellas se encuentran media docena de detenidos. Están hacinados como cerdos. Todos delinquieron y no puedo dejar a ninguno libre. Han de estar ahí, turnándose para ocupar un camastro. He pedido que me amplíen la comisaría, pero eso llevará un par de semanas. Le explico todo eso para que sepa cuál es la situación. Cumplo con mi deber y lo voy a seguir cumpliendo.

Bill se sintió sordamente irritado al oír aquellas palabras del *marshall*. No tenía la menor duda de que Stuart Wallace estaba vendido a Reisner y ahora se las daba de hombre honesto.

Salió sin decir una palabra más. Fue al *saloon* de Brigitte.

Al entrar tropezó con un hombre de unos sesenta años que vestía muy bien, con traje y sombrero claros.

—Perdone, abuelo.

El otro le mostró la cara, con grueso bigote blanco.

—No hay de qué, jovencito. No hay de qué.

Luego el abuelo se marchó hacia las mesas con un hombre que lo acompañaba.

Bill se quedó con el ceño fruncido. Notaba algo familiar en aquel hombre. Fue detrás de él y de su acompañante, los cuales entraron en un reservado.

Bill se metió en el de al lado y aplicó el oído a la pared.

El abuelo estaba hablando.

—Sí, señor Mallet, soy el mayor Sullivan, la primera autoridad del petróleo del país. Habrá oído hablar de mí. El año pasado me recibió la reina de Inglaterra y hace un mes estuve hablando con el presidente. Mis pozos petrolíferos en Pensilvania son los mejores del mundo.

—¿Cuántos tiene?

—Unos doscientos.

—Demonios, usted es un millonario.

—Lo soy. Pero quiero extender mis negocios a Apache City. Usted, señor Mallet, es un hombre que no tiene experiencia pero, a mi lado, se convertirá en un mortal tan afortunado como yo. Sólo tiene que asociarse conmigo. Para usted serán todas las ventajas.

Bill no quiso oír más. Pasó de un reservado a otro.

El abuelo levantó la mirada al verlo entrar.

—¿Mayor Sullivan?… Soy Bill Curtis y he oído que es usted el rey del petróleo en Pensilvania.

—Sí, así me llaman algunos.

—Querría asociarme con usted.

El mayor Sullivan sonrió al hombre que estaba sentado a su lado.

—¿Lo ve usted, señor Mallet? Me llueven ofertas de todas partes.

Bill se acercó al mayor Sullivan, le cogió el bigote con los dedos y dio un tirón.

Frank Roberts pegó un chillido.

Bill se quedó con el bigote en la mano.

El señor Mallet estaba asombrado.

—Conque te ibas a San Francisco, ¿eh, Roberts? Y allí te ibas a convertir en un ermitaño.

—¿Qué clase de traidor eres?

—Señor Mallet, ¿quiere salir del reservado? El rey del petróleo y yo tenemos algo que hablar.

El señor Mallet, que estaba muy desconcertado, se apresuró a dirigirse hacia la puerta.

Roberts exclamó:

—¡No se vaya, señor Mallet! ¡Usted y yo haremos el negocio del siglo!

Pero el señor Mallet salió sin detenerse.

Roberts apuntó con el dedo a Bill.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Me has arruinado!

—Todavía te quedan los doscientos pozos en Pensilvania.

—Sabes que no tengo ni un pozo de agua.

—¿A cuántos engañaste?

—A ninguno.

—Saca la lista.

—¿Qué lista?

—La de los hombres que se han asociado contigo.

—No hay tal lista.

—Voy a contar diez y si para entonces no has sacado la lista, te aplasto las narices, Frank.

—Maldita sea, ¿por qué tuve la mala suerte de tropezar contigo?

—Te habría descubierto de todas formas. Más tarde o más temprano, te habría echado el ojo encima. ¡La lista, Frank!

Roberts sacó un papel mientras rezongaba maldiciones por lo bajo.

Bill vio que en el papel había una docena de nombres y pegó un silbido.

—¿Desde cuándo estás aquí, Roberts?

—Desde hace dos días.

—Te diste mucha prisa.

—Oye, muchacho. Esto es sólo una devolución que me hacen las personas a las que yo convertí en millonarios. Palabra que sólo me quedaré con una parte de lo que saquen con el petróleo. ¿No es justo?

—Muy justo.

Frank se quedó asombrado al oír a Bill, pero enseguida sonrió.

—Tú también tendrás tu parte, Bill.

—Eres muy generoso, Frank. Y me gusta el nombre que le has puesto a tu sociedad. La Defensora del Productor Independiente.

—Celebro que te guste.

—Puede convertirse en algo bueno.

Frank estaba cada vez más perplejo. Dio una palmada a Bill en la espalda.

—Tú y yo llegaremos a la cumbre, Bill.

—No tengo la menor duda.

—Bastará con que luchemos hombro contra hombro.

—Sí, Frank. De eso se va a tratar. De una lucha. Te agradezco que hayas venido. Vas a continuar tu trabajo.

Frank parpadeó.

—La verdad es que pensaba descansar un poco.

—No, no vas a descansar. Quiero que convenzas a la gente como no lo has hecho en tu vida, y que esta noche, en lugar de doce hombres, haya veinticuatro. Tú puedes conseguirlo, Frank.

—Comprendo, pero también tengo derecho a divertirme.

—Ya te divertirás más tarde, cuando la Defensora del Productor independiente tenga medio centenar de socios.

—Madre mía. Nos vamos a hacer los amos de Apache City.

—Eso es lo que quiero.

—Ahora mismo me pongo a trabajar.

—Olvidaste un nombre en la lista, Frank.

—¿Cuál?

—El de Sam.

—Hombre, él es amigo.

—Pero inclúyelo también.

Frank guiñó un ojo.

—Eres el mismo diablo, Bill. Palabra que creí que te ibas a oponer a que yo siguiese enrolando a gente, pero ya veo que me equivoqué.

Cogió la lista, puso el nombre de Sam y la guardó en el bolsillo.

Los dos salieron del reservado.

Frank se frotaba las manos.

—Vamos a hacer el gran negocio.

—No tengo la menor duda.

—Por fin te has convencido de que hay que pensar en el futuro.

—Sí, Frank, el futuro es lo importante. Pero no te entretengas. El tiempo es oro.

—Muchacho, esta noche te daré la gran sorpresa. Si la Defensora no tiene cincuenta hombres, me dejo de llamar Roberts.

—Frank, se te olvida el bigote.

Frank se dio mucha prisa en ponerse la blanca pilosidad en el labio superior.

CAPÍTULO XI

—¡Le odio!… ¡Odio a Bill Curtis con todas mis fuerzas!

—Cálmate, Elizabeth.

—¿Y tú eres mi hermano? En lugar de defenderme, me pusiste en ridículo.

—Eran mis amigos.

—¿Qué clase de amigos te buscas, Johnny?

—Los mejores.

—Si Bill Curtis es tu mejor amigo, sería preferible que buscases la amistad del diablo.

La joven se había puesto el mejor vestido que tenía.

—Me voy al pueblo a comprar provisiones, Johnny.

—¿No quieres que te acompañe?

—No, gracias. Me basto yo sola.

—Sí, ya sé que te bastas sola. La última vez que fuiste allí, tiraste a dos tipos al abrevadero.

—Me gustaría encontrarme con Bill Curtis.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? ¡Para tirarlo también al abrevadero!

—Pues que tengas suerte —le sonrió Johnny.

La joven fue a Apache City en el carromato y lo detuvo ante el almacén general.

Un tipo se le acercó, la cogió por la cintura y la bajó del pescante.

—Es usted muy amable.

El fulano sonrió con jactancia y dijo, sin apartar las manos de la cadera de la joven:

—Es que a mí me gustan las muñecas como tú.

—Déjeme que le de las gracias por su atención.

—Prefiero un besito.

—Lo tendrá. Cierre los ojos.

El otro cerró los ojos e hizo un hocico con los labios. Entonces Elizabeth le pegó con el puño cerrado en la boca.

El tipo se desplomó y eso provocó grandes carcajadas entre los ciudadanos que habían estado observando la escena.

Otro fulano se plantó delante de Elizabeth.

—¿Qué es lo que has hecho, nena? Ése es mi hermano. Y nadie le pega a mi hermano y menos que nadie una mujer.

—Tocó donde no debía.

—Sí, te tocó las caderas.

—A mí no hay nadie que me toque las caderas.

—Vamos a verlo.

El fulano puso una mano en la cadera de Elizabeth y ésta trató de pegarle en la cara, pero él lo evitó rodeándola por la cintura.

—¡Duro con ella, Walter! —dijo alguien.

El llamado Walter ya había rodeado con sus manos a la joven y trataba de besarla en la boca.

En eso Elizabeth descubrió a Bill Curtis.

—¡Señor Curtis!

—Ah, hola.

—Defiéndame.

—¿Por qué?

—¿Es que no lo ve? ¡Este hombre me quiere besar!

—Seguramente usted le provocó.

La contestación de Bill produjo más carcajadas entre los que había allí.

—¡Señor Curtis, cinco dólares si se pone a mi lado!

—Suba un poco más.

—¡Diez dólares!

—Trato hecho.

Walter continuaba forcejeando con la joven para besarla en los labios.

Bill le pegó en la espalda.

—Eh, amigo, suéltela.

Walter dejó libre a Elizabeth y miró a Bill.

—Conque quiso ganarse diez dólares.

—Sí.

—Yo le voy a dar el premio, entrometido.

Walter echó el puño atrás, pero nunca lo llegó a disparar porque antes de que lo consiguiese, Bill le pegó un zurdazo en el mentón.

Walter arrolló a cuatro hombres y dos de ellos se precipitaron en el abrevadero, cayendo de cabeza en el agua.

Un abuelete exclamó:

—¡Cielos, qué coz!

Walter y los cuatro hombres que había arrollado se pusieron en línea de combate.

—No se vaya, amigo —dijo uno de ellos—. Usted también necesita un baño.

—Soy muy limpio y ya me bañé —contestó Curtis.

—¡A por él, muchachos!

Walter y los cuatro hombres se lanzaron sobre Bill. Éste se puso a hacer de las suyas con los puños.

Un fulano arrancó de cuajo la mitad del abrevadero y otro, para no ser menos, se llevó el otro trozo.

El agua se esparció por el aire duchando a todos los presentes.

El abuelete gritó:

—¡Prefiero *whisky*!

Bill se libró de dos enemigos cascándoles fuerte y luego cogió a Elizabeth por el brazo.

—¡Larguémonos de aquí antes de que nos maten!

Los dos echaron a correr hasta encontrarse lejos del almacén.

La joven se detuvo en un callejón respirando entrecortadamente.

—Tiene usted mucha fuerza, señor Curtis.

—No me de coba y suelte los diez dólares.

—¿Eh?

—Los diez dólares que se comprometió a pagarme si la sacaba del apuro.

—¿Va a ser capaz de cogerlos?

—Claro. Un negocio es un negocio.

—Señor Curtis, me decepciona usted otra vez.

—No peleé por su linda cara.

—Conque le parece linda ahora.

—No está mal, si se la mira un par de veces.

—¿Y qué encuentra en ella de atractivo, señor Curtis?

—Unos ojos que no están nada mal.

—¿Sólo eso?

—La nariz también es aceptable. Pero lo que más me gusta es… Mejor será que no lo diga.

—Dígalo.

—¿Es una orden?

—Lo es.

—Entonces se lo diré… Lo que más me gusta de usted es la boca.

—¿Qué le pasa a mi boca?

—Que tiene unos labios que me recuerdan las cerezas de mi tierra.

—¿Cuál es su tierra?

—Kentucky.

—¿Y cómo son las cerezas de Kentucky?

—Jugosas.

—Señor Curtis, ya estoy arrepentida de que me haya ayudado.

Bill la cogió en brazos y ella gritó pataleando:

—¿Qué hace?

—La voy a devolver al almacén para que se la repartan.

—¡No hará eso!

—Ha dicho que está arrepentida de que la haya ayudado.

—¡No quise decirlo!

—Retírelo o la echo a los perros.

—¡Lo retiro!

—¿De verdad?

—De verdad, señor Curtis. De corazón, pero no me lleve allí.

—Caramba, pesa usted muy poco.

—¿Cuánto cree usted que peso?

—Setenta kilos.

—Pero qué bruto. ¿Cómo voy a pesar setenta kilos?

Bill la sopesó en el aire.

—Bueno, sus remos parecen ser los adecuados, pero la pechuga está más llena.

—Señor Curtis, ¿cree que soy una gallina? ¡Póngame ahora mismo en el suelo!

—Como usted quiera.

Bill la dejó en el suelo, pero los dos se quedaron muy cerca, y de pronto él se inclinó sobre Elizabeth y la besó en la boca.

Ella echó la cabeza atrás.

—Señor Curtis, deje las cerezas quietas… ¡Quise decir que no me bese!

—Sí, señorita, perdone, pero es que no lo pude evitar.

—¿Cómo que no lo pudo evitar?

—Usted tuvo la culpa, Elizabeth.

—¿Yo?

—Sí, porque de pronto la vi atractiva, seductora…

—¿Todo eso de una sola vez?

—Bueno, dejémonos de pamplinas y págueme los diez dólares.

—¿Otra vez con los diez dólares?

—Es que soy materialista.

—Sí, ya veo que lo es.

—No puede tener usted una idea —dijo Bill y la volvió a besar.

Elizabeth cerró los ojos y cuando él se separó dijo con voz débil:

—Le odio, señor Curtis. Le odio con todas mis fuerzas.

—Pues a seguir odiándome —repuso Bill y volvió a unir sus labios a los de ella.

Elizabeth reaccionó y le pegó una patada en la espinilla.

—¡Salvaje!… ¡Bruto!

Bill saltó a la pata coja.

—De modo que usted me pega una patada en la espinilla y yo soy el salvaje y el bruto.

—Lo digo porque me ha cogido usted en los cinco minutos tontos que tenemos todas las mujeres.

—Pues ha tenido usted cinco minutos muy cortos.

El abuelete del almacén pasó tambaleándose. Su vestimenta estaba hecha jirones. Llevaba una botella de *whisky* en la mano.

—Señor Curtis, menuda la armó allí… Cincuenta hombres se están cascando de lo lindo… Mire lo que hicieron conmigo Menos mal que encontré la compensación de una botellita. Señor Curtis, cuando vuelva al almacén, avíseme para estar cerca de donde empiece la pelea.

El abuelete se marchó muy contento bebiendo al gollete.

La joven se echó a reír y Bill también rió.

—Es usted un terremoto, Elizabeth.

—Y usted un ciclón.

—Tendremos que esperar a que se despeje el almacén para que pueda ir a comprar sus provisiones.

—¿Y qué hacemos mientras tanto?

Bill dio un paso hacia Elizabeth, la cual exclamó:

—¡No se me acerque!… ¡No quiero que empiece otra vez con las cerezas!

—Usted preguntó cómo pasaríamos el tiempo y a mí no se me ocurrió otra cosa.

Una voz dijo:

—Yo tengo la solución.

Bill miró hacia la esquina y vio allí a dos hombres de vestimenta sucia, llena de polvo, y pistolera muy baja.

—¿A qué solución se refieren, hermanos?

—Usted tiene un problema para matar el tiempo y nosotros podemos darle diversión.

—Gracias, pero no la necesito. Ya tengo a la chica para eso.

—Tiene buen gusto, Curtis. La chica es un bombón.

—Mi abuela me dijo que no me privase de lo mejorcito.

—Pues se va a privar.

—¿Por qué? ¿Porque lo dicen ustedes?

—Mi amigo James y yo estuvimos en la funeraria y encontramos un ataúd que le viene a la medida, Curtis.

—Pues déjelo pagado y ya me lo pondré algún día.

—No, Curtis. El ataúd lo va a pagar usted de su bolsillo, y se lo va a poner ahora mismo.

CAPÍTULO XII

Elizabeth dio un chillido.

—¿De qué están hablando?

El tipo que hablaba con Curtis le sonrió.

—De tiros, bombón.

—No tienen derecho a meterse donde no les llaman.

—Nos llamaron.

La joven se colgó del cuello de Bill.

—Quiero a este hombre y se lo voy a demostrar.

Antes de que Bill lo pudiese impedir, ella lo besó en la boca poniendo mucha pasión en el beso.

Los dos fulanos se pusieron a aplaudir.

—Bravo… Que se repita.

—No lo dirán dos veces —dijo Elizabeth y volvió a unir su boca a la de Bill.

El pistolero que no había hablado, dijo:

—Eh, Ringo, esto merece otra clase de ruido.

—Con pistola.

Bill pegó un empujón a Elizabeth, la cual cayó en el suelo.

Luego tiró del revólver, cuando ya los otros lo manejaban.

Tuvo que saltar para burlar una bala. Pero le llegó el turno.

El «Colt» saltó en su mano mientras ladraba.

Los dos fulanos se desplomaron pegando aullidos de muerte.

La joven gritó también.

Bill sopló el cañón del revólver y dijo:

—Corta la sirena, Elizabeth.

La joven se levantó. Su bello rostro tenía el color del yeso.

—Que me desmayo.

Bill la cogió por los brazos.

—Tú eres una chica muy enérgica, Elizabeth. No puedes desmayarte como una vulgar damisela.

—Pero tengo derecho a decirlo.

El *marshall* llegó corriendo con el revólver por delante. Se detuvo al ver los dos cadáveres y miró a Bill.

—¿Otra de las suyas, Curtis?

—Antes de que prosiga, le recordaré unas palabras suyas. No está prohibido defenderse. Es lo que hice. Estos dos fulanos querían meterme en un ataúd. Hasta me dijeron que me habían tomado las medidas.

—¿Por qué?

—Pregunte en la Internacional Petroleum o en el Banco de Préstamos.

—Le estoy preguntando a usted.

—Yo ya le contesté, *marshall*. Y si quiere un testigo, aquí tiene a la señorita.

La joven habló inmediatamente:

—Curtis tiene razón. Esos hombres lo comprometieron y hasta llegaron a sacar antes.

El *marshall* se rascó una patilla con el cañón del revólver.

—Esto cada vez me gusta menos, Curtis.

—A mí tampoco me gusta.

—Se lo advierto. Quédese quieto.

—No me puedo quedar quieto si intentan liquidarme.

El *marshall* inspiró profundamente.

—Váyanse de aquí.

Bill cogió a la joven por el brazo y los dos echaron a andar por el callejón.

—¿Por qué quieren matarte, Bill? —preguntó Elizabeth.

Bill le contó todo lo relacionado con Milton Reisner.

Habían podido comprar las provisiones y se pusieron en camino hacia los campos petrolíferos.

Al llegar, Bill se quedó sorprendido al ver que el hermano de Elizabeth estaba hablando con el mismísimo Frank Roberts, en su papel de mayor Sullivan.

—Sí, señor Turner, tiene usted delante al rey del petróleo de Pensilvania, que es lo mismo que decir al rey del petróleo del mundo entero. La reina de Inglaterra y yo tomamos el té juntos y el

presidente juega al golf conmigo en la Casa Blanca. Naturalmente, no tengo más remedio que dejarme ganar para que el presidente se haga la ilusión de que juega bien. Y como le iba diciendo, la Defensora del Productor Independiente será la mejor Compañía Petrolífera de esta parte del país. ¿Y todo por qué? Porque yo, el mayor Sullivan, se interesa para que ustedes reciban el precio justo por su mercancía.

—Apúnteme.

—No sé si podré porque la lista ya es muy larga.

—Por favor, señor Sullivan, quiero pertenecer a esa Sociedad.

—Está bien, está bien. Son cien dólares por la cuota de inscripción.

Bill intervino.

—Mayor Sullivan, usted le perdonará al señor Turner la cuota. Recuerde el apartado 3 de la compañía.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice el apartado 3?

—Que todos los hombres honrados que se inscriban en la Defensora del Productor Independiente están exentos de pagar la cuota de inscripción.

—Bueno, si dice eso. —Frank se acercó a Bill y bajó la voz—. ¿Quieres que nos arruinemos, Bill?

—No te preocupes. No nos arruinaremos. ¿Cuántos miembros tienes?

—Estoy por el cuarenta y cinco.

—Bien hecho.

—Pero no se te ocurra otra vez intervenir.

Roberts sonrió a los presentes y al ver a Elizabeth agrandó los ojos.

—Señorita, a usted la meto en la Sociedad sin cuota de inscripción.

—Gracias, es usted muy amable.

—Lo hago por su belleza.

—Disculpe, mayor Sullivan. Soy la hermana del señor Turner.

Roberts le pasó un brazo por los hombros y la apretó contra sí.

—Señor Turner, qué hermanitas se gasta.

Bill le pegó una patada en el tobillo.

—Mayor Sullivan, será mejor que siga su labor de captación de nuevos socios.

Frank tuvo que hacer un esfuerzo para no pegar un chillido. Se tocó el pie lesionado y dijo:

—Señorita Turner, necesito una secretaria. Queda admitida.

—Ella no, mayor —repuso Bill.

—Pero soy un pobre viejo que necesita un poco de ayuda.

Bill levantó un puño y Roberts echó a correr marchándose de allí.

Sam se acercó rascándose la cabeza.

—Eh, Bill, ¿no hemos visto a ese mayor Sullivan en alguna parte? Juraría que es una persona conocida. Pero no logro dar con ella.

Bill se puso una mano en la boca para ocultar una sonrisa.

El *marshall* apuntó a Reisner con el dedo.

—Ha dado demasiadas alas a ese tipo, señor Reisner.

—Ya le dije que tenía muchos procedimientos para convencer a los dueños de los campos petrolíferos.

—Todos están fallando con Curtis.

—Sí, es cierto.

—No basta con que usted lo reconozca.

—*Marshall*, utilizaré a *madame* Brigitte.

—¿A *madame* Brigitte? No me diga que pretende enamorar a Curtis para sacarle después su consentimiento. Ese Curtis tiene más conchas que un galápago. Lo único que conseguiría es que él se aprovechase de ella.

—No soy tan tonto.

—¿Entonces?

—Usted ignora una cualidad de *madame* Brigitte.

—Sé que es hermosa y seductora.

—Pero le falta saber algo.

—¿El qué?

—Que maneja muy bien el cuchillo.

El *marshall* se quedó quieto como una estatua y de pronto soltó una carcajada.

—Creo que lo entiendo. *Madame* Brigitte pone en marcha sus artes de seducción y cuando Curtis esté en el séptimo cielo, ella le mete el cuchillo en el quinto espacio intercostal.

—Ni más ni menos.

El *marshall* continuó riendo.

—Muy bueno, señor Reisner. Muy bueno.

Era de noche.

Bill y Sam estaban cenando en la cabaña.

De pronto oyeron un grito femenino.

Bill y Sam salieron corriendo.

Reconocieron a la mujer que había allí. Era *madame* Brigitte.

La joven se arrojó en brazos de Bill.

—¡Ayúdeme!

—¿Qué le pasa, Brigitte?

—Quise dar un paseo y dos hombres me salieron al encuentro. Por fortuna, logré escapar de ellos.

—Tranquilícese. Ya pasó todo.

—Por favor, deme algo de beber.

—Tengo *whisky*. Venga conmigo. Eh, Sam, date una vuelta por ahí, a ver si encuentras a los tipos.

—Como los encuentre, les voy a sacar la dentadura de cuajo.

Sam se marchó.

Una vez entraron en la cabaña, la joven se sentó en una silla y Bill le sirvió dos dedos de *whisky*.

Ella bebió y dijo:

—¿No bebe usted?

—No es mala idea.

Bill bebió un trago de la botella.

Brigitte dejó el vaso en la mesa.

—Estoy helada.

—Beba otro trago.

—Sí, será lo mejor y usted también debe beber.

Ella despachó el *whisky* que Bill puso en el vaso y luego hizo una caída de pestañas.

—Ya me encuentro mejor.

—Pues dele las gracias al *whisky*.

—No, no es el *whisky* lo que me ha puesto bien. Es usted.

La joven se levantó y dirigióse hacia un viejo sofá. Durante el camino contoneó las caderas. Al sentarse dijo:

—Venga a mi lado.

Bill se sentó junto a la seductora joven.

—Bill, Lamento lo que ocurrió cuando nos conocimos.

—Yo también lo sentí.

—Usted tenía toda la razón para golpear a mis empleados.

—Gracias.

—¿Sabe que he pensado mucho en usted?

—¿Por qué?

—Como no soy mujer que le guste callar ciertos secretos, se lo voy a decir.

—Adelante.

—Usted me impresionó mucho desde el primer momento.

—Eso resulta halagador viniendo de una mujer tan hermosa como usted.

—¿De verdad me encuentra hermosa?

—Mucho.

—Demuéstrelo. ¿O necesita ayuda para ciertas cosas?

—Una ayudita siempre viene bien.

—Tonto —dijo ella sonriente.

Le puso una mano en la nuca y entreabrió los labios.

Bill la besó.

Brigitte manipuló con la otra mano. Abrió el bolso y sacó un cuchillo.

Pero en ese momento oyó pasos y tuvo que guardar el cuchillo en el bolso.

La atmósfera fue rasgada por un chillido femenino.

Brigitte se apartó asustada.

Bill ya estaba mirando hacia la puerta. Allí estaba Elizabeth con los ojos muy abiertos.

—¡Traidor!… ¡Miserable!… ¡Me estás engañando con otra mujer!… ¡Te voy a sacar los ojos!… ¡Juro que te los voy a sacar!

—¿Quién es esta loca, Bill? —preguntó Brigitte.

—¿Yo una loca? Bill, sal de aquí ahora mismo.

—¿Para qué?

—Quiero dejar sin pelo a tu amiguita.

Brigitte se levantó y puso los brazos en jarras.

—Nena, tienes que comer más espinacas para que tú me quites un solo cabello.

Bill dio un suspiro. Cogió la botella y bebió un trago.

—Bill, ¿es que no vas a hacer nada? —exclamó Elizabeth.

—No.

—¿Por qué no?

—No acostumbro a meterme en problemas de mujeres. Si os empeñáis en pelear por mí, en marcha.

—Menudo caradura estás tú hecho… No pienses que voy a pelear por ti y, si por un momento se te ha ocurrido, olvídalo. ¡Ahí te quedas con tu francesita de pega!

La joven dio media vuelta y salió bruscamente de la cabaña.

Brigitte, al quedar triunfadora, sonrió a Curtis.

—Cariño, al fin solos.

Se sentó en las rodillas de Bill.

—Dame un traguito.

Curtis le dio la botella y ella bebió.

Luego Brigitte dejó la botella en la mesa y pasó los dedos por las cejas de Bill.

—Eres muy atractivo. Y muy varonil. Justamente el hombre con el que yo estaba soñando.

—La verdad es que ya quedan pocos como yo.

—Yo lo sé bien, amor mío. He conocido a muchos, pero ninguno te llega a los talones.

Se apretó contra él y lo besó en la boca.

Su mano derecha ya estaba metida otra vez en el bolso. Sacó el cuchillo y se preparó para clavarlo en el cuerpo de Bill, pero se demoró un poco porque pensó que era una tontería acabar con aquel beso. Demonios, Curtis sabía besar como ninguno. Eso era una verdad como una torre. Pero tenía que cumplir con su obligación. Reisner le iba a proporcionar todo lo que había deseado durante su vida. Poder y riqueza.

Se preparó para hundir la hoja de acero en la espalda de Bill.

Pero en ese momento oyó de nuevo pasos y tuvo que guardar muy aprisa el arma.

Sam entró diciendo:

—No he visto a ninguno de esos dos hombres.

Brigitte se llenó de furia. Aquel mastodonte le había estropeado la escena.

—Pues sigue buscando —le dijo.

—No puedo ir por todas partes preguntando quiénes la atacaron a usted. Además, tengo sueño.

—Date una vuelta por ahí fuera, Sam —repuso Bill.

—¿Otra vuelta? Me voy a marear.

—Hombre, es un favor que te pido.

—Está bien.

Sam salió rezongando una maldición por lo bajo.

Bill sonrió a Brigitte.

—Ya nos lo quitamos de encima.

—Eres maravilloso, querido.

Él fue quien la abrazó ahora.

Brigitte se dijo que ya no fallaría. Cada vez le entusiasmaban más los besos de Bill, pero el trabajo era el trabajo.

Por tercera vez cogió el cuchillo por el mango y se dispuso a acabar con Curtis.

De pronto, sintió que la mano de él la cogía por la muñeca armada. Trató de librarse pero no pudo.

—¿Qué es eso, cariño? —preguntó Bill—. ¿Un recuerdo especial que me querías dejar?

La joven se turbó.

Bill la obligó a exhibir la mano con que manejaba la hoja de acero.

—Quiero decirte algo, Brigitte. No me la pegaste. Desde que entraste aquí me imaginé que venías con las intenciones de la mujer de Satanás.

—¡Y dejaste que te besase!

—Hombre, ya que me ibas a dar el mal rato, decidí pasar antes el bueno.

—¡Canalla!

Bill le soltó una bofetada que sonó como un disparo.

La joven rodó por el suelo.

—Cobarde, has pegado a una mujer.

—Tú no eres una mujer. Eres una serpiente de cascabel. Levántate.

La joven se levantó y entonces Bill la aplastó contra la pared.

—Merecerías que te estrangulase. Pero quiero darte una oportunidad, pequeña víbora. Imagino que todo esto es cosa de Reisner.

—Sí.

—Pero tú lo secundaste. Te ibas a convertir en una asesina por el cochino petróleo.

—No sabía lo que hacía.

—Ahora quiero que lo sepas. Dile a Reisner que ya no le consentiré más amenazas. Que él o yo estamos de sobra en Apache City y, como yo no quiero marcharme, no le queda más remedio a él que largarse.

La joven parpadeó.

—¿Quieres que le diga eso?

—Ni más ni menos, dile que si mañana al mediodía está en Apache City, iré en su busca para matarlo.

—Se lo diré.

—Dile que no trate de escudarse en el *marshall* porque el *marshall* no impedirá que yo haga justicia.

—De acuerdo.

—Ahora, lárgate.

La empujó hacia la puerta y la joven salió dando trompicones.

Al cabo de un rato entró Sam.

—Eh, ¿qué pasó? Creí que tú y ella ibais a estar aquí toda la noche y que me tocaría pasar frío ahí fuera.

—Sólo era una visita de cumplido.

—¿Y ese cuchillo?

—Es con lo que trató de matarme.

—¿Y llamas a eso una visita de cumplido?

—Yo soy muy educado. Sam, ¿has visto a Elizabeth?

—Está delante de su cabaña paseando como una osa enjaulada.

—Voy a echar una parrafada con ella.

Bill salió de la cabaña y fue al campo petrolífero de sus vecinos.

Elizabeth, al verlo llegar, se agachó y cogió una piedra.

—¡Si das un paso más hacia mí, te abro la cabeza, bígamo!

—Me pararé. Sólo vine a decirte que prefiero tus cerezas.

—Déjate de cuentos.

—Palabra.

—¿Por qué la besabas entonces?

—Tenía que cumplir mi misión.

—¿Qué misión?

—Vino a matarme y decidí darle cuerda.

—Claro, porque te gustaban sus labios.

—No, el motivo del romance era otro. Quería pillarla con las manos en la masa.

—¿Lo conseguiste?

—Sí, la sorprendí cuando quería meterme un palmo de cuchillo en el cuerpo.

—¡Bill, mi pobre Bill! —dijo Elizabeth, y, dejando caer la piedra, abrazó a Curtis y lo empezó a besar repetidamente en la cara.

Bill aprovechó la oportunidad para hacerse el mártir.

—Tú y yo no nos entendemos, Elizabeth.

—¿Por qué crees que no?

—Porque apenas me viste hablar con una mujer, ya pensaste mal de mí. Es mejor que nos separemos ahora para siempre.

—Oh, no, Bill. No digas eso… Yo… yo me he enamorado de ti… y quiero que sigas pensando que mis labios son como las cerezas de Kentucky.

CAPÍTULO XIII

Bill Curtis dirigió la palabra a los miembros de la Defensora del Productor Independiente:

—Caballeros, nos hemos unido como socios de esta compañía para la defensa de nuestros intereses. Es de la única forma que podremos seguir conservando nuestros campos petrolíferos. Un pulpo de muchos brazos se ha cernido sobre Apache City con la intención de robarnos lo que nos pertenece. La cabeza visible de ese pulpo es Milton Reisner. He investigado a fondo el caso, y he llegado a la conclusión de que Reisner se ha valido de todos los medios para llevar a cabo sus expoliaciones. Reisner es el dueño de un *saloon*, de dos casas de juego, de tres cantinas. Y en esos lugares, los dueños de los campos petrolíferos han sido víctimas de toda clase de tretas. Unos perdieron en el juego. Otros fueron enamorados por mujeres al servicio de Reisner, y todos ellos se endeudaron hasta que no tuvieron más remedio que hipotecar sus campos petrolíferos. Reisner ha utilizado también su Banco de Préstamos para apoderarse de Apache City. En ese caso, su estratagema ha consistido en conceder créditos para la explotación de los campos, préstamos que estaban sujetos a un alto interés. Y Reisner ha estado vendiendo maquinaria para la perforación a precios abusivos. Por último, Reisner se ha valido del *marshall* para imponer su ley… Yo os digo que hemos de acabar con este estado de cosas antes de que el pulpo nos agarre con sus tentáculos.

Las palabras de Bill fueron acogidas con una gran ovación.

Frank Roberts a su lado, tenía el ceño fruncido.

—Eh, Bill, ¿qué es éste? ¿Una campaña de caridad?

—Caballeros, quiero hablarles del hombre que ha hecho posible esta reunión entre las futuras víctimas de Milton Reisner. Un

hombre desprendido, generoso, y que en esta ocasión sólo ha pensado en defender a su prójimo. ¡Señoras y señores, les estoy hablando del mayor Sullivan!

La ovación fue más atronadora que antes.

—¡Viva el mayor Sullivan! —dijo una voz.

—¡Viva! —contestaron cincuenta gargantas.

Roberts estaba perplejo.

—Eh, Bill, me están vitoreando a mí.

—Claro, porque tú eres el héroe.

—Pero yo…

—Sí, tú pensaste en tu bolsillo, pero ¿no te parece que siempre hay tiempo para que un hombre recapacite?

—¿Te aprovechaste de mí?…

—Para llevarte por el sendero del bien. Y no me digas que estás arrepentido. Observa esas caras, esos ojos que están llenos de lágrimas mientras te miran.

—¡Demonios!… Nunca había imaginado que la gente me quisiese tanto.

—Pues te quieren, Frank. Te quieren.

Uno de los presentes gritó:

—¡Que hable el mayor Sullivan!

—¡Que hable! —repitieron otros.

Roberts levantó los brazos para imponer silencio.

—Señoras y señores, lo que yo acabo de hacer no tiene ningún mérito porque siempre he pensado que uno debe hacer todo lo posible por hacer felices a sus semejantes… Les contaré algo… Conocí a un tipo que se aprovechaba de cualquier persona que le saliese al paso… Y qué forma de aprovecharse… Hasta que un día se percató de que con eso no conseguía otra cosa que un dolor de tripas. Y entonces decidió hacer las cosas de otro modo y favoreció a todos aquellos que pudo… Señoras y señores, mi amigo Bill Curtis es la persona que logró tal milagro.

La gente aplaudió rabiosamente.

Bill tuvo que imponer otra vez silencio.

—Amigos todos, anoche le mandé un ultimátum a Reisner. Le di un plazo hasta mediodía para abandonar la ciudad. Yo no espero que obedezca. Todo lo contrario, Milton Reisner no es de las personas que abandonan fácilmente su presa… Estoy seguro de que

a estas horas se está preparando para la lucha.

—¡Lucharé hasta el fin contra Bill Curtis! —gritó Milton Reisner.

El *marshall* tenía la nariz arrugada.

—Usted dijo que Brigitte acabaría con él.

—Bill Curtis la descubrió cuando lo iba a ensartar como a una mariposa.

—Un fracaso más… Quizá convendría que usted se marchase, Reisner.

—¿Está hablando en serio, *marshall*?

—Sí.

—No sabe lo que dice.

—Me refiero a que podría viajar durante un par de meses. Mientras tanto, yo me ocuparía de todo aquí. En cuando a Bill Curtis, lo encerraré en la cárcel bajo cualquier pretexto.

—Ya es demasiado tarde para eso. Ese medio podría haber servido antes, pero hemos dejado que las cosas lleguen demasiado lejos. Bill Curtis ha organizado una asociación de productores independientes. ¿Se da cuenta de lo que eso significa? Era el peligro al que me referí varias veces. Nuestra táctica ha sido la de enfrentarnos con nuestros rivales uno a uno, pero ahora son cincuenta y muy pronto serán más.

—No me repita algo que ya sé. Pero Bill Curtis le dio un ultimátum para que abandone la ciudad.

—No me marcharé.

—¿Cuál es su intención?

—Está bastante clara, *marshall*. Acabaré de una vez por todas con Bill Curtis y su ridícula asociación.

—Correrá la sangre.

—¡Que corra cuanto antes!

—Me harán el culpable de la masacre.

—Usted tiene la obligación de mantener el orden y yo soy el orden en Apache City, *marshall*.

—No estoy muy convencido.

—*Marshall*, ¿cuánto le pago?

—Usted lo sabe bien.

—Dígalo.

—Mil al mes.

—¿Y cuánto le pagué al contado cuando llegué?

—¡Diez mi!

—Quedamos de acuerdo en que éste era un buen negocio para los dos.

—No creí que fuesen a surgir tantas dificultades.

—No sea ingenuo, *marshall*. Nadie gana tanto dinero como usted por el simple hecho de quedarse tras una mesa.

—Cuidado, señor Reisner. Yo he trabajado duro.

—Está bien, está bien. No discutamos entre nosotros. Esto no conduce a nada.

—De acuerdo. Le prestaré mi apoyo pero quiero que este asunto se solucione cuanto antes.

—Hoy mismo lo solucionaremos.

Un hombre llamó a la puerta.

Era Cedric.

—Señor Reisner, Bill Curtis acaba de llegar a la ciudad.

—¿Cuántos vienen con él?

—Nadie.

—¿Cómo?

—Lo que oye, señor Reisner. Viene solo.

Milton y Stuart Wallace se miraron sorprendidos.

Milton se echó a reír.

—Bill Curtis se cree un héroe. Un tipo que lo puede arreglar todo por sí mismo, sin la ayuda de nadie.

—Pero ¿por qué formó la asociación?

—Para cubrirse de gloria ante ellos y pasarles luego la factura. ¿Se da cuenta? Después de todo, Bill Curtis es sólo un competidor nuestro. Un tipo que quiere comerse toda la tarta sin repartirla con nadie.

—¿Y si el mayor Sullivan ha venido también con Curtis? Es el organizador de la situación.

—El mayor Sullivan es sólo un vejete.

—Es un cómplice de Curtis.

—De acuerdo, es un cómplice. Fue captando los miembros de la Asociación, pero ahora se ha retirado a la sombra porque Bill Curtis no puede consentir que nadie le robe el papel.

El *marshall* se rascó una patilla.

—Si viene solo, será cosa mía.

—Bill es muy rápido con el revólver.

—Y yo también lo soy. Por eso me nombraron *marshall* de Apache City.

—Será mejor que se lleve un par de hombres, *marshall*.

—He dicho que lo solucionaré por mi cuenta.

El *marshall* salió del despacho.

Al llegar a la calle, se detuvo. Sus ojos se fijaron en la figura de Curtis, que acababa de desmontar ante el *saloon* de *madame* Brigitte.

En la calle había muy poca gente, como si los ciudadanos de Apache City hubiesen olfateado la posibilidad de una tragedia.

El *marshall* echó a andar por la acera de tablones.

Bill subió al porche del *saloon* y se quedó quieto.

Stuart Wallace siguió caminando con los brazos colgando a lo largo de los costados.

El *marshall* se detuvo a tres pasos de Bill.

—Hola, Curtis.

—Hola, *marshall*.

—¿A qué ha venido a la ciudad?

Bill sacó un reloj del bolsillo superior de la chaqueta. Miró la esfera.

—Faltan diez minutos para las doce.

—¿Y qué?

—Le dije a Milton Reisner que a las doce tendría que salir de la ciudad —guardó otra vez el reloj en el bolsillo.

—Reisner no se va a ir de Apache City.

—¿Lo decidió él?

—Sí.

—¿O fue usted, *marshall*?

—He dicho que fue él.

—Entonces se quedará para siempre. En el cementerio de Apache City. Iré en su busca dentro de diez minutos.

—No, Curtis, usted no va a ir en busca de nadie.

—¿Por qué dice que no?

—Porque yo lo voy a impedir.

—¿Deteniéndome, *marshall*?

—No, ya sé que no me dejará que lo detenga.

—¿Entonces?

—Lo voy a matar, Curtis.

CAPÍTULO XIV

Se había hecho un silencio.

El rostro de Bill Curtis parecía esculpido en piedra.

El *marshall* Stuart Wallace sonreía.

—¿Me oyó, Curtis? Lo voy a matar.

—*Marshall*, es usted un trozo de basura… Tenía la obligación de hacer respetar la ley. ¿Y qué es lo que ha hecho en realidad? Aliarse con un piojoso capitalista, con Milton Reisner. Y el único propósito de Reisner es robar con todas las garantías de seguridad.

Los labios de Wallace dejaron de sonreír.

—Ya habló demasiado, Curtis.

—No, no es demasiado. Todavía tengo que agregar algo.

—Lo agregará en el infierno.

El *marshall* pronunció aquellas palabras con rabia, mientras tiraba del revólver.

Bill flexionó las piernas.

De su mano derecha brotó un fogonazo.

El *marshall* salió despedido con enorme violencia del lugar en que se encontraba.

Perdió el revólver cuando golpeó las espaldas contra la acera de tablones.

Bill ya estaba andando hacia su rival. Al llegar a su lado, lo miró a la cara.

—Usted lo quiso, *marshall*.

Wallace tenía un boquete en el pulmón izquierdo. Sus ojos miraban con asombro a Curtis.

—Yo tenía que haberlo matado, Bill.

—No podía darle esa satisfacción.

—Era mi oportunidad. No quise perderla.

—Y se dejó sobornar.

—Pasé toda mi vida en este pueblo de miseria. Todo el mundo se volvió rico, gente que no estaba aquí sufriendo como yo, soportando el calor y otras muchas cosas… No pude resistirlo. Yo también tenía derecho a hacerme rico. Era el premio que merecía.

—Usted también se dejó agarrar por la ambición.

—Curtis, ¿dónde está?… No lo veo.

Fue víctima de un estremecimiento, y por los labios se le escapó la última brizna de aire que le quedaba en los pulmones.

Curtis sacó el reloj.

Faltaba un minuto para las doce. Estuvo en aquella posición hasta que las saetas del reloj coincidieron en la parte superior de la esfera.

Entonces echó a andar hacia las oficinas de Milton Reisner.

Dos hombres salieron disparados del interior de la casa.

Bill se dejó caer de bruces, pero cuando iba por el aire ya estaba disparando.

Uno de los pistoleros al servicio de Reisner pegó un largo aullido porque dos balas lo atraparon por las tripas. Fue brutalmente arrancado del suelo y luego cayó como una rana.

El otro pistolero logró refugiarse tras de un barril que había al lado de una cantina, mientras seguía disparando a donde se encontraba Bill. Éste gatilleó contra el barril.

Se oyó un grito y el segundo pistolero salió tambaleándose de su refugio.

Tenía tres agujeros en el pecho. Dio un traspiés y se derrumbó como un fardo.

Bill repuso la munición del «Colt» a toda prisa.

Se levantó y encaminóse, pegado a la pared, hacia la oficina de Reisner.

Llegó ante la puerta y pegó un salto pasando al interior.

Movió el revólver de un lado a otro pero no vio a nadie.

De súbito, oyó la voz de Reisner que llegaba del piso de arriba.

—¿Es usted, Curtis?

—Sí, soy yo.

—No sea tonto y escúcheme.

—¿Qué tiene que decirme?

—Ha matado al *marshall*. Lo he visto desde la ventana… Quiero

que usted ocupe su lugar.

—Pierde el tiempo.

—A él le he pagado mil dólares.

—No está mal.

—Pero usted es mejor que él. Merece un sueldo mayor.

—Es usted muy considerado, Reisner.

—Mil quinientos al mes, Curtis.

—No, gracias.

—También le daré una cantidad para empezar. Una prima de enrolamiento en mi equipo.

—Olvídese de eso.

—Quince mil dólares y se los pagaré al contado. Ahora mismo.

—No hay acuerdo.

—¡Maldita sea, Curtis! Usted y yo nos podemos hacer ricos en Apache City. Todos los que llegaron aquí salieron del estercolero. A ellos les basta con vivir.

—Lo que usted quiere decir es que deben trabajar para usted, ¿verdad, Reisner?

—La mayoría ha nacido para trabajar en beneficio de una minoría.

—Y usted forma parte de la minoría que debe enriquecerse a costa de los demás.

—Así es, Curtis. No sea estúpido y venga a mi lado, con la minoría de los vencedores.

—Señor Reisner, le daré mi respuesta. Yo continuaré perteneciendo a la mayoría que es explotada.

—No puedo creer eso.

—Pues créalo porque es la verdad.

—No me la pegará, Curtis, Usted es un granuja. Un tipo vivo que quiere ocupar mi lugar. Es mucho más ambicioso que yo, puesto que no consiente en repartir los beneficios con nadie.

—Se equivoca. Yo no pretendo robar a ninguno de los hombres de Apache City.

Reisner lanzó una carcajada.

—Entonces es un pobre idiota… Yo le voy a decir lo que va a pasar ahora, pobre idiota. Mientras usted y yo hablábamos, seis de mis hombres han dado la vuelta al edificio y le van a atacar por la espalda. Y aquí arriba tengo a otros cuatro.

Siguió riendo unos instantes.

—¿Me ha oído, Curtis?

—Sí.

—Se metió en una trampa.

—No le creo.

—Ahora me creerá… ¡Muchachos, acabad con él!… ¡Es una orden!

Curtis oyó carreras por la parte de la calle y se preparó para disparar hacia la puerta.

De pronto sonaron estampidos y los hombres que corrían lanzaron gritos de muerte.

Uno de ellos se puso a chillar.

—¡Señor Reisner!… ¡Nos han cogido!… ¡Son docenas! ¡El mayor Sullivan y los hombres de los campos petrolíferos!…

Luego terminó de hablar.

—¡Curtis! —gritó Reisner desde arriba—. ¿Por qué no vino solo?

—Les dije que tenía una cuestión personal con usted, pero no pude impedir que luchasen por lo que les pertenece. Con ello quiero decirle que, si ustedes me hubiesen matado, ellos ya no se hubiesen dejado robar por usted.

La voz de Reisner se hizo temblorosa.

—¿Qué estáis esperando, muchachos? ¡Quitadme de en medio a Curtis! ¡Pagaré veinte mil dólares al que lo consiga!… No debéis temer nada de los demás. En cuanto muera Curtis, los dueños de los campos temblarán de miedo. Curtis es la cabeza de esta rebelión y, en cuanto acabemos con él, ya no habrá rebeldes… ¡Veinte mil dólares por Bill Curtis, muerto!

Dos hombres aparecieron en lo alto de la escalera. Disparaban ya, aunque lo hacían alocadamente porque trataban de mandar plomo al lugar donde ya no estaba Bill Curtis. Éste había cambiado de posición y, desde la que ocupaba ahora, gatilleó una y otra vez.

Los dos hombres chocaron uno contra otro y rodaron por la escalera como bolas.

Otros dos ocuparon su lugar arriba.

Bill siguió disparando y el resultado fue el de antes.

La segunda pareja de pistoleros fue a hacer compañía a la primera.

Abajo se formó una pirámide de cadáveres.

—Reisner, voy a subir.

Milton no le contestó.

Bill repuso la munición otra vez y emprendió la ascensión de la escalera.

Llegó al corredor. A la derecha estaba el despacho de Milton Reisner.

Saltó al interior con el revólver por delante y cayó en cuclillas.

Pero allí no estaba Reisner.

Permaneció inmóvil tratando de percibir el menor sonido.

Oyó un crujido a su espalda y saltó.

Reisner estaba en el hueco con una sonrisa de triunfo en los labios. El revólver que manejaba estaba escupiendo fuego.

Bill dio varias vueltas en el suelo y, mientras giraba, su «Colt» también puso en marcha balas.

Milton dejó de reír bruscamente mientras era arrojado lejos del hueco.

Estrelló la espalda contra la pared del corredor y quedó quieto. El revólver le resbaló de los dedos. Sus ojos estaban agrandados como si se le fueran a salir de las órbitas. Luego, le faltaron las fuerzas para mantenerse en pie y se desplomó, arrojando sangre por los agujeros que tenía en el pecho y en el estómago.

Bill Curtis era el nuevo *marshall* de Apache City. Brigitte se había marchado en busca de otros pastos. Frank Roberts, bajo su personalidad de mayor Sullivan, fue homenajeado en un banquete y luego se marchó de Apache City. Pero, al cabo de unos días, regresó con su verdadera personalidad y Bill lo presentó como un amigo suyo y le dio el cargo de ayudante.

En cuanto a Sam, estaba la mar de satisfecho del campo petrolífero, que contenía petróleo, como él había dicho, como sí saliese de un océano.

Y Bill se casó con Elizabeth.

FIN